

ANTOLOGÍA

DE



RELATOS DE TERROR

IES. COMERCIO

2024-2025



ÍNDICE

RELATOS GANADORES:

- Alter, Aya Bourhail (4.º ESO A)
- Alma contaminada, Iranzu Lancha (2.º Bach. Ciencias)
- Los ojos de mi madre, Victoria Martínez Somalo (2.º Bach. Ciencias)

RELATOS PARTICIPANTES:

- El grito, Raquel Medel (1.º Bach. D)
- El anfitrión siniestro, Alma Jiménez (1.º Bach. D)
- Sin título, Adrián Rodríguez (2.º Bach. Ciencias)
- El campamento de verano, Ruth Martínez (1.º Bach. D)
- Si la buscas, ella te va a encontrar, María Martínez (1.º Bach. D)
- El misterio de la mansión abandonada, Óscar la Orden (1.º SAD)
- Nos volveremos a ver, Yinger Nathaly Arpi Morales y Emanuele Salazar de Conceicao (2.º SAD)
- Los niños, Aya Mohamed (1.º Bach. D)
- Luzbel, Pablo Gutiérrez (2.º Bach. Ciencias)
- Bestia o demencia, Mujahid Hussain (2.º Bach. Ciencias)
- La caja negra, Miriam Garrido (2.º Bach. Ciencias)
- Sin título, Khadiega Ghazanfar (1.º Bach. D)
- La dama blanca, Aitana Gutiérrez (2.º Bach. Ciencias)
- El ciclo interminable, Amber Fernández (1.º Bach. D)
- Itinerario espacial, William Samuel León (1.º Bach. D)
- Sally Scream, Sara Redondo (1.º Bach. D)
- Verano inolvidable, Elsa Herce (1.º Bach. D)
- Sola, Anónimo
- El último día del caos, Judith Garzón (1.º Bach. B)
- La habitación prohibida, Lidia Fernández (1.º Bach. D)
- Detrás de la mente, Aya Lalla Diansiwa (1.º Bach. D)
- Sin título, Ángela Pérez Cuesta (1.º Bach. B)
- Felicidad, Erika Gracia (2.º Bach. Ciencias)

ALTER



Estoy paralizado analizando la escena enfrente de mí; el sudor frío recorre mi espalda, tengo un gran nudo en la garganta y me doy cuenta de que he estado aguantando la respiración durante al menos unos minutos. Veo rojo, veo cuerpos sin vida, y de repente, nada. El escozor de las lágrimas han nublado mi vista y sin notarlo estoy llorando desconsoladamente.

En algún momento, abandono la escena y me encuentro en una habitación fría y poco familiar.

Una sala de interrogatorios. Las preguntas del detective suenan ahogadas, y ni siquiera le estoy escuchando al asentir. Mi familia. Entera. Muerta. Y de pronto, vuelvo a la realidad y la tristeza se sustituye por rabia. Tengo un incontrolable deseo de golpear algo y súbitamente el detective está entre mis manos y le grito, le digo cosas horribles. Más gente aparece y me dicen que me calme, pero lo único que veo son los ojos sin vida de mi madre, el cuerpo frío de mi padre o la piel gris de mi hermana.

Cuando vuelvo al lugar, han pasado días, los cadáveres de mi familia han desaparecido, pero las huellas de que algún día estuvieron ahí siguen presentes. Por alguna razón, en los días previos, la gente me ha estado evitando y personas vestidas en bata me hacen preguntas; me preguntan cómo me siento o si recuerdo algo y yo no hago más que asentir. A veces me encuentro a mi mismo en lugares a los que no recuerdo haber ido o con cosas que no he comprado, incluso hablando con gente cuyo nombre no recuerdo. Lo más curioso son los nombres con los que me llaman, cada uno distinto del anterior.

Moviendo mi mirada por la casa reproduzco recuerdos; ver partidos con mi padre en el sofá, las cenas familiares en el comedor, las peleas de almohadas con mi hermano en el cuarto o ayudar a hacer la comida en la cocina. Todos esos recuerdos se ven interrumpidos cuando escuchó sirenas de policía haciéndose cada vez más cercanos y a continuación pasos cuidadosos detrás de mí, al girarme me encuentro con un oficial de policía y noto un destello plateado en sus manos, y cuando se acerca, levanta la pulsera y me dice que pertenece al asesino, enseguida mi memoria se hace más clara: el incomprensible deseo de mis acciones, los gritos de terror y sorpresa de mi familia y la fría sensación de la empuñadura del cuchillo en mi mano. Y cuando cojo la pulsera plateada entre mis dedos, recuerdo mi nombre, quién soy y me percató de la marca de una pulsera ausente en mi mano derecha.

AYA BOURHAIL

ALMA CONTAMINADA



Ruth estaba terminando de plantar las últimas rosas blancas en su jardín. Siempre había tenido algo mágico plantar las semillas con las manos llenas de tierra para ver cómo brotaba vida en cada rincón de su patio.

- No es para tanto- le dijo Lucas, su vecino desde hace ya seis meses

Ruth dejó la pala en la caja de herramientas, cansada.

- Eso dímelo cuando seas tú a quien le aparecen rosas plantadas mágicamente de la noche a la mañana- se quejó Ruth.

- Te quejarás, menos trabajo para ti- Le vaciló Lucas mientras reía. Este se quedó un rato pensativo y después de unos minutos añadió- Las plantas son efímeras. No permanecen en el tiempo. Se marchitan. Es casi un desperdicio de tiempo plantarlas, ¿no?

- Bueno, depende de cómo lo veas. - Le contestó Ruth- Las flores son vida, pero al igual que los humanos llegan a su fin en algún momento. Supongo que eso las hace tan especiales. ¿Qué gracia tendría que todo fuera eterno?

Lucas no respondió. Le dedicó una sonrisa y siguieron plantando las flores.

Según pasaban los meses, Ruth empezó a notar cómo las rosas de su jardín se marchitaban más y más rápido. Lucas le ayudó a reponerlas. Su relación era cada vez más estrecha.

-Puede que simplemente necesiten un cambio de tierra- sugirió Lucas

-Pero no tiene sentido, he estado usando esta tierra por años, no sé por qué está pasando esto.

- respondió Ruth con una mueca

Este le sonrió con un ápice de lástima.

-A veces las cosas simplemente... cambian.

A Ruth le encantaba lo inteligente que parecía Lucas. Siempre tenían conversaciones profundas que le hacían reflexionar y le ayudaban a ignorar el problema de las pesadillas. Había visitado ya varios psicólogos, pero daba igual lo que hiciera, estas no se irían.

Todo estaba oscuro. Las rosas anteriormente blancas estaban ardiendo por todo el patio. El jardín que había sido en su día verde y vivo estaba cubierto por cenizas que parecían ir consumiendo poco a poco toda la vida que tenía. Y en el medio, una criatura sombría que le sonreía de manera tenebrosa pero que, de cierta manera, le resultaba vagamente familiar. Ruth sintió como sus pulmones se cerraban y cada vez le costaba respirar más y más...

Se incorporó de golpe en la cama con la mano al pecho y tomó una bocanada de aire intentando recuperarse de la pesadilla. Ya era la quinta vez ese mes que tenía pesadillas de ese tipo. Lo habló con Lucas

-Son casi... asfixiantes- le explicó Ruth mientras dirigía su mirada al suelo- Es que... parecen tan reales...

Lucas alzó su mano, colocándola bajo su barbilla, haciendo que lo mirase a los ojos.

- A veces, las pesadillas acaban siendo más auténticas que la vida misma- le respondió este

Ruth sintió como un escalofrío le volvía la piel de gallina

-Creo que has leído demasiada filosofía, Lucas- le vaciló Ruth, pero este no replicó.

El problema de las plantas no hacía más que empeorar. Daba igual cuántas veces las regara o les cambiara la tierra, siempre terminaban marchitándose. Había trabajado día y noche para mantenerlas, pero parecía misión imposible. Lucas, a su lado le apretó la mano con cariño.

-A menudo la muerte se escapa de nuestro alcance...- dijo con la mirada clavada en el horizonte-

Pero siempre puedes plantar más. Siempre puedes empezar de nuevo. -Se giró hacia ella-

Además eres la rosa más blanca y pura que ha existido nunca en este jardín.

Lucas tenía una sonrisa genuina en su cara mientras hablaba, pero a Ruth lo único que le daba era una sensación de vacío en la que sentía que se estaba hundido su corazón.

Después de ese día, Ruth cambió las semillas de las rosas. Probó diversos colores, pero las únicas que parecían perduran eran las negras. No es que no le gustaran, le gustaban todas las flores.

Pero su jardín una vez vivo y lleno de color parecía estar hundiéndose cada vez más. Parecía estar apagado y, en cierta manera, muerto.

Ruth las observaba con los labios fruncidos.

-La belleza tiene muchas formas, Ruth. Tal vez aprender a apreciarlas todas te ayudaría a percibir la vida de otra forma- comentó Lucas

Ruth lo observó con el ceño fruncido, confundida, pero prefirió no indagar en el tema.

Una semana después, Ruth despertó de otra de sus pesadillas. Había sido la peor de todas.

Apenas le llegaba aire a los pulmones. Se sentía como si solo pudiese aspirar el oxígeno a través de una pajita que cada vez se estrechaba más y más. Salió al patio de su casa corriendo,

tratando de respirar. Pero su mente se centró inmediatamente en otra cosa al ver a Lucas en el medio de su jardín. Pero no parecía él. No era su Lucas. Este parecía más alto, más sombrío y

tenía esa sonrisa... La sonrisa que le había estado persiguiendo en sus sueños. Delante de ella.

Era como ver una proyección de las pesadillas que le habían perseguido durante esas horrorosas noches. Todas las rosas convertidas en cenizas.

- ¿Lucas? - preguntó esta con cautela- ¿Qué haces aquí? ¿Estás... estás bien?

Lucas le sonrió, pero lo último que desprendía esa sonrisa era calidez.

-Qué bien que estés despierta- Se acercó y con cada paso el aire se volvía más pesado

Ruth retrocedió lentamente

- ¿Qué... eres? - preguntó asustada, aunque sentía que la respuesta no le iba a gustar

-Depende de lo que quieres que sea, Ruth- dijo este con una voz vacía - Pero ya lo sabías, ¿no es así? Siempre lo supiste.

Ruth retrocedió aún más, aterrorizada. Lucas siguió hablando

- Este jardín. Este jardín es una proyección de tu alma contaminada por la mía. Tú eres pura, pero tu pureza tiene un precio. Todo en esta vida tiene un precio.

- ¿De qué hablas? - preguntó Ruth mientras retrocedía aún más

Lucas se plantó delante de ella

- ¿Aún no lo entiendes Ruth? Soy tu reflejo. La parte que escondes de ti misma. Soy tu rabia, tus miedos, tus sombras. Soy el jardín que dejaste marchitar- dijo mientras señalaba las rosas negras ardiendo

-No. No, no, no. Es imposible. Yo no...

-Por supuesto que sí- le cortó- Siempre lo he sido. Cada rosa negra, cada pétalo marchito. Son tus heridas. Este jardín es tu alma y yo soy la parte de ti que has dejado crecer en la oscuridad. Y esa oscuridad ha dominado tu alma y ya no puedes controlar que te consuma

“Ruth Harmony fue encontrada muerta en su jardín en la madrugada el 3 de febrero de 1987. Se encontraba en el medio de un jardín rodeada de rosas negras calcinadas con los ojos completamente blancos y con una flor blanca que emanaba de su pecho. No había signos de violencia ni se encontró nunca la causa del fallecimiento.”

El inspector Ramírez terminó de archivar el informe como “pendiente”, apagó las luces de la comisaría y se fue a casa.

“El infierno esta vacío y todos los demonios están aquí” - William Shakespeare

IRANZU LANCHA

LOS OJOS DE MI MADRE



Podría imaginar mi muerte. Podría sacar la cámara en cualquier momento e intentar fotografiarla, podría. Sin embargo, elijo mis ojos. Y, aun así, no podría llorar mientras me veo, porque estaría pálida, fría, quieta: sin vida.

No podría llorar mientras los demás se echan de menos recordándose conmigo. Al menos eso pienso, eso imagino y eso espero.

Me veo en el reflejo y mis ojos marrones lloran. Son como los de mamá, mamá era color, calor, movimiento, pero cuando era mamá, porque ahora está pálida, fría, quieta: sin vida.

Lloro tanto que hieren las entrañas, lloro tanto que me levanto con legañas provocadas por tanta lágrima. Lloro tanto que... no logro recordarla. Y ahora, en lugar de imaginarme a los demás extrañándome, me extraño, tanto como a ella.

Y vuelvo a lo mismo, me veo con mis ojos lagrimosos, derramando lágrimas como el café desborda la taza, la tierra sale del tiesto y el cielo pierde lo terso.

Intento seguir viviendo, pero no puedo, todos me cuentan cuánto me parezco a mi madre, sobre todo en la mirada, en mis ojos color avellana. Y de nuevo, lloro. Porque sí, no puedo parar de llorar, al igual que el mundo no para de recordarme que la soledad ocupó lo que su ausencia dejó. Y se marchó.

Bueno, en realidad, él la exilió.

Ella luchó por quedarse, tanto que repartió, como ya he dicho, un poco de sus ojos conmigo.

Pensó que eso a ellos volvería a unirlos.

Nací, crecí, compartí, bebí, comí... En cambio, no uní, no uní nada. Separé, pero él no se paró.

Para casi cada acción de mi madre él tenía una réplica, una discusión, un insulto, un grito. Y por mucho que él gritase, ella, con sus ojos, me susurraba que estaba bien y que sería la última vez.

Hubo muchas más, lastimosamente, y así, llegó la última.

Podría intentar descifrar cuánto pasó desde aquella madrugada. Podría, si hubiese estado enterada. Por el contrario, pasé la entrada y vi lo poco que restaba de su mirada. Así, de pronto, la mía se nublaba. Podría seguir intentando descifrar cuánto pasó desde que cerré los ojos, pero llevó aquí abajo desde que la luz se apagó. Podría intentarlo contando cuántas moscas se posan en su cuerpo, cuán fuerte es el aroma de descomposición o cuántas larvas excavan en la cuenca de los ojos de mi madre. Hay más de diez, más de diez larvas en los ojos de mi madre. Las mismas que puñaladas tiene.

Me molestan y me tocan más de veinte moscas, más de veinte arañazos logró ver en lo que queda de piel. Y su olor, su olor es casi igual de fuerte que los golpes que recibió.

En este sótano hay un espejo, otro que me recuerda que mis ojos son idénticos a los suyos, pero los míos todavía tienen algo de brillo. Lo intento romper, no puedo, me corto, sangro, me dan ganas de vomitar. Entonces grito, pido ayuda, paro, silencio, vomito. O lo intento, porque no he comido hace días. Hace días que no salgo de aquí. Hace días que no bebo nada de agua. Hace días que no hablo con nadie. Hace días que no parpadea. Hace días que no me mira. Hace días que no se mueve.

Y noto lágrimas recorriendo mis mejillas, noto su característico sabor a sal, y deseo que todo sea un sueño. Y termino evocando a la pesadilla.

Entonces él, mi padre, llega. Y yo corro, grito de nuevo, tengo miedo, huyo, pero no llego. Se acerca, me toca, me agarra, señala el cuerpo de mi madre (o lo que resta), y solo me queda llorar, para variar.

Es aquí, cuando después de este tiempo me pregunto al borde del precipicio por qué lloro al verme a los ojos. Y es que, mis ojos son lo único que conservo de ella, lo único que la mantiene cerca, no recuerdo su voz, su sonrisa o su olor. Llora porque son nuestros y nunca fueron solo míos.

Y eso es algo que él se encarga de demostrarme:

Siempre me dijo cuánto le encantaba ver los mismos ojos de su mujer, mi madre, en su propia hija, yo. Sin embargo, ahora que me asfixia, me recuerda lo que juró hacer aquella madrugada ya mencionada: destrozaría cualquier cosa relacionada con su mujer, mi madre. Y yo, su hija, tengo los mismos ojos que ella.

Ya no he de imaginar mi muerte porque estoy muerta. Estoy pálida, fría, inmóvil: sin vida. Ya no puedo llorar mientras me veo porque no tengo tan si quiera ojos. Tampoco puedo ver quién se echa de menos recordándose conmigo en mi funeral, porque ni tan si quiera tengo funeral, ni tan si quiera alguien se echa de menos recordándose conmigo y ni tan si quiera alguien se acuerda de nuestros ojos.

Al menos ya no puedo llorar.

VICTORIA MARTÍNEZ SOMALO

EL GRITO

Hace tiempo, experimente una situación que jamás me hubiera podido imaginar.

El 17 de marzo de 2019 ocurrió algo.

Algo que hizo que dejase de ver la vida tal y como me imaginaba que era.

A punto de empezar la primavera mi familia y yo decidimos irnos de vacaciones, no recuerdo bien el nombre de la ciudad, ni los lugares que visité, solo tengo grabado en la cabeza aquel instante que para mí fueron horas.

Llevábamos todo el día de aquí para allá, ya sabéis, lo normal cuando vas de turista. Recuerdo que no me sostenía en pie, que de vez en cuando se me emborronaba la visión, aunque no le di mucha importancia ya que tengo problemas de tensión. A veces, parábamos a descansar en lo que parecían caminos sin fin.

A las ocho y tres de la tarde empezó a anochecer y mis padres nos llevaron a mi hermana y a mí en dirección a aquel mágico puente. Estaba hecho con una madera nueva y brillante, seguramente recién pintada, y atravesaba un río cristalino que daba vida al mirarlo. Llegamos justo a tiempo, el sol empezaba a esconderse creando preciosos colores que surcaban el cielo y se reflejaban en las aguas.

Pero de repente, me desvanecí.

Sentí que caía a un pozo sin fin, hasta que llegué al suelo.

Observaba como la gente se iba acercando a mí mientras se me nublaba la vista cuando todo se volvió de un color negro silencioso.

Cuando me levanté y conseguí orientarme me di cuenta de que mi familia ya no estaba, ni la mujer del vestido rosa que había visto anteriormente, ni la niña pelirroja con dos coletas que jugaba con una muñeca idéntica a ella.

Al cabo de unos minutos aprecié que color del agua no era el mismo, parecía como si el río estuviese muerto, y aquella madera brillante estaba seca y descolorida. Cuando me giré para mirar al horizonte e intentar saber dónde estaba, a lo lejos, vi a lo que parecía ser un hombre. He de confesar que lo primero que se me pasó por la cabeza fue que había muerto, pero descarté la idea rápidamente por el temor que le tengo a la muerte.

Después de haberlo meditado decidí que quizá aquella silueta del otro lado del puente pudiese ayudarme, así que me acerqué. El camino resultó bastante largo, no era una pasarela muy extensa, pero por alguna razón que todavía desconozco mis pies no avanzaban con normalidad.

Cada vez me acercaba más, y al apreciar un poco mejor su aspecto descubrí que su cabeza carecía de pelo y que vestía con un atuendo negro. Cuando apenas me quedaban diez metros, el hombre comenzó a caminar hacia mí. El miedo se apoderó de mi cuerpo, este se paralizó y el hombre también paró bruscamente. Ahora tan solo estábamos a dos metros de distancia uno del otro, y pude observar su cara nítidamente. Su rostro me mostró una cara diferente, con la boca muy abierta, intentando simular un grito; y cuando mis piernas por fin reaccionaron empecé a correr como jamás lo había hecho. El hombre empezó a perseguirme rápidamente, y sin controlar mis movimientos, me subí a la barandilla del puente y me tiré a aquel sucio y revoltoso río.

Me ahogaba, la corriente me llevaba de un lado a otro. Por fin conseguí sacar la cabeza del agua y abrir los ojos, me encontraba exactamente en el mismo lugar donde me había caído. Una señora que vestía de azul estaba echándome agua de una botella por encima, y alrededor de mí, toda mi familia intentaba que me levantara.

-Aída, ¿me escuchas? -dijo mi padre-

-Por favor hija responde -comentó mi madre-

-Tranquilos, creo que estoy bien -di por finalizada la conversación-

Tras veintitrés minutos, logré levantarme y volver a la realidad, no entendía nada de lo que había pasado. Intenté contárselo a mi familia, pero lo único que me dijeron fue que habrían sido alucinaciones derivadas del desmayo. Sin embargo, algo dentro de mí sabía que no era así. Cuando me sentí con fuerzas mis padres nos llevaron hacia al coche, pero conforme atravesábamos el puente para llegar a este, vi al mismo hombre del que había escapado hacía unos minutos. Esta vez me sonreía de una manera algo extraña, de una forma maliciosa, como si hubiera sido el principio de algo que me perseguiría eternamente, como si realmente solo él y yo supiésemos lo que de verdad había pasado aquel 17 de marzo a las ocho y tres de la tarde. Ahora, después de casi 11 años sin poder sacarme lo que pasó de la cabeza, por fin lo he acabado; he plasmado el cuadro que no me dejaba dormir.

RAQUEL MEDEL

EL ANFITRIÓN SINIESTRO

EL ANFITRIÓN SINIESTRO.

En la oscura y solitaria campiña inglesa, una mansión antigua y misteriosa guarda un secreto aterrador. Una invitación inesperada lleva a un grupo de extraños a sus imponentes muros, donde un anfitrión siniestro los espera. Lo que comienza como una reunión social pronto se convierte en una pesadilla llena de sombras inquietantes, susurros espectrales y un horror que se arrastra en la oscuridad. La mansión, con su historia oscura y sus secretos ocultos, se convierte en el escenario de un juego macabro de supervivencia.

LA LLEGADA A LA MANSIÓN.

El grupo llegó a la mansión en la noche, la lluvia torrencial golpeaba los cristales de las ventanas y el viento silbaba con furia alrededor de la estructura. La casa era una sombra sombría contra el cielo gris, sus altas torres parecían alcanzar las nubes tormentosas, las luces parpadeaban dentro de la casa, proyectando formas extrañas y amenazantes sobre las paredes exteriores. Un escalofrío recorrió la espina dorsal de los invitados. Mientras caminaban hacia las imponentes puertas de roble, una sensación de miedo y anticipación les llenaba el corazón.

El mayordomo, un hombre alto y delgado con una expresión inexpresiva, los recibió en la entrada. Su voz baja y cavernosa, resonó en el silencio, "Bienvenidos, el anfitrión los espera." Los condujo a través de un pasillo oscuro, los retratos de generaciones pasadas los observaban con ojos inexpresivos. Las paredes estaban adornadas con tapices descoloridos que parecían moverse en la penumbra, como si estuvieran vivos. Un silencio inquietante reinaba en la mansión, interrumpido solo por el tictac del reloj en la sala principal.

EXPLORANDO LOS PASILLOS OSCUROS.

Los invitados se despertaron por la mansión, explorando los pasillos oscuros y habitaciones desoladas. Los muebles polvorientos, las pinturas descoloridas y las alfombras deshilachadas contaban historias de un pasado opresivo. Las habitaciones estaban llenas de un aura de misterio y melancolía, cómo si la tristeza se hubiera impregnado en las mismas paredes. Un olor a humedad y moho llenaba el aire, mezclado con un leve aroma a flores marchitas. Cada habitación tenía un aura diferente, un escalofrío distinto que recorría la columna vertebral al entrar en ellas.

En una biblioteca con paredes repletas de libros, los invitados encontraron una serie de diarios escritos en tinta pálida. Las palabras parecían bailar frente a sus ojos, revelando historias de

eventos inquietantes que habían ocurrido en la mansión. Los diarios contaban historias de desapariciones inexplicables, visiones escalofriantes y un espíritu maligno que acechaba en la oscuridad. Cada página escrita fue una punzada en el corazón de los lectores, una advertencia de que la mansión no solo escondía secretos, sino también una amenaza real.

UN ENCUENTRO INESPERADO.

Mientras los invitados se reunían en la sala principal, un sonido extraño los atrajo a un pasillo lateral. El sonido era tenue, un débil susurro que parecía provenir de la habitación del final del pasillo. Con cautela, se acercaron a la puerta sus corazones latían con fuerza en sus pechos. La puerta estaba ligeramente entreabierta, una tenue luz aparecía del interior, iluminando las figuras borrosas de dos personas.

El mayordomo estaba allí, su rostro pálido y delgado, sus ojos llenos de miedo que no ocultaba. Enfrente de él, una figura oscura y sombría se movía. Con una inquietante fluidez. La silueta era apenas visible, en la penumbra, pero los invitados pudieron distinguir los rasgos del anfitrión, un hombre corpulento con una mirada penetrante y una sonrisa amenazante. El mayordomo hablaba con voz temblorosa, como si intentará convencer al anfitrión de algo. Sin embargo, no se entendían sus palabras.

SONIDOS ATERRADORES EN LA NOCHE.

La noche cayó sobre la mansión, llevando consigo un silencio más profundo y un frío más penetrante. Los invitados se reunieron en la sala principal, sus nervios tensos y sus ojos fijos en la oscuridad que se extendía por los pasillos. Los ruidos extraños comenzaron a surgir de las profundidades de la mansión, amplificando la atmósfera de miedo. Gritos tenues, risas espeluznantes y fuertes golpes resonaban en las paredes, haciendo eco en los oídos de los invitados.

Los objetos se movían de forma inexplicable, y las sombras parecían cobrar vida, danzando con un movimiento inquietante. El miedo se extendía como una enfermedad llenando el corazón de los invitados con una desesperación fría. Algunos empezaron a dudar de su propia cordura, mientras que otros se aferran a la esperanza de que todo fuera una mala broma, un sueño terrible del que despertarían pronto. Una de las invitadas, una mujer joven y valiente, llamada Isabel, decidió investigar los ruidos. Con su corazón latiendo en su pecho, se aventuró en un pasillo oscuro. La puerta de una habitación al final del pasillo se abrió de golpe, y la luz del interior reveló una figura fantasmal. Que se movía con un inquietante silencio. Isabel dió un grito de terror y huyó hacia la sala principal, con la imagen de la figura fantasmal grabada en su mente.

EL ESCONDITE SECRETO.

Los invitados se encontraron con un viejo mapa de la mansión, un mapa que parecía tener siglos de antigüedad y que mostraba un complejo sistema de túneles y habitaciones ocultas. El mapa sugería la existencia de un escondite secreto, un lugar donde el anfitrión podía refugiarse en caso de peligro.

Decidieron buscar el escondite, con la esperanza de encontrar una forma de escapar de la mansión y del anfitrión. Se armaron con linternas y un poco de valor, explorando los pasillos oscuros y las habitaciones polvorientas. Siguieron las pistas del mapa, adentrándose en un laberinto subterráneo que escondía oscuros secretos.

El escondite se encontraba debajo de la biblioteca, oculta detrás de un panel secreto que activaba con una combinación de símbolos. La búsqueda del escondite fue un desafío peligroso, con trampas ocultas y pasajes que se derrumbaban pero los invitados eran decididos y no se rendirían hasta encontrar el lugar secreto.

LA REVELACIÓN ATERRADORA.

Cuando finalmente encontraron el escondite, se encontraron con un espectáculo horripilante. El anfitrión estaba allí, rodeado de sus víctimas anteriores. Las paredes estaban cubiertas de sangre seca, y el aire estaba impregnado de un olor nauseabundo a muerte y decadencia. El anfitrión, con una expresión cruel en su rostro, reveló su verdadero propósito: utilizar a los invitados como sacrificio en un ritual satánico.

El anfitrión explicó que la mansión era un portal hacia otro mundo, un mundo de sombras y oscuridad donde él era un dios. Su objetivo era usar los cuerpos de los invitados para abrir el portal y liberar las fuerzas oscuras que lo habitaban. El mayordomo, quien en realidad era el antiguo sirviente del anfitrión, había traicionado a los invitados para ayudar con el ritual.

El anfitrión no era un humano. Era un demonio antiguo que había tomado la forma de un hombre. Él planeaba sacrificar a los invitados para liberar un ejército de demonios sobre el mundo. Había engañado a los invitados para que fueran a la mansión para poder usarlos en su ritual.

La revelación fue un golpe aterrador, y los invitados se dieron cuenta de que estaban atrapados en un juego de terror del que no podían escapar.

ESCAPANDO DEL HORROR.

Con la ayuda de Isabel, quien era una experta en artes ocultas, los invitados se dieron cuenta de que podían detener el ritual. Al realizar un antiguo hechizo, lograron romper el control del

anfitrión sobre la mansión y liberar a las víctimas anteriores del ritual. El mayordomo afectado por el hechizo, se volvió contra el anfitrión y lo atacó.

En la lucha que siguió, el anfitrión fue derrotado y su forma demoniaca se desintegró en polvo. Los invitados pudieron escapar de la mansión, abandonando lugar maldito para siempre. Pero la experiencia les dejó una profunda cicatriz, un recuerdo constante del horror que habían presenciado y del precio que habían pagado por su curiosidad.

La mansión quedó abandonada, sus ventanas oscuras mirando al mundo exterior con un vacío inquietante. Las leyendas de la mansión y su anfitrión siniestro se transmitieron de generación en generación, sirviendo como advertencia para aquellos que se atreven a traspasar sus puertas.

ALMA JIMÉNEZ

Era un día, como otro cualquiera, Ángela, una niña alegre que apenas rozaba los 10 años, se encontraba encerrada en el sótano de su casa gracias al aviso de su padre. El sótano era la pesadilla de cualquier persona claustrofóbica, las escaleras de bajada, a las que se accedía por una trampilla cuadrada, daban a un pasillo extremadamente estrecho con pequeñas habitaciones sin puerta a las que podías acceder. Estas habitaciones no contenían mucho, la primera de ellas era una ducha y un váter donde ducharse y realizar sus necesidades diariamente, tal y como le había dicho su padre que hiciese. Otra habitación era una pequeña mesa con un microondas y una bolsa con la misma comida que debía comer a lo largo del día, repuesta por su padre mientras ella dormía. La última era un simple mueble con una flor que podía regar con el agua de la ducha y unas pastillas que le recetó su padre que tomase antes de ir a la cama que también se encontraba en esta habitación.

Ángela va camino hacia las escaleras para esperar a su papá, con el que siempre hablaba después de su comida, -¿Papi, estás ahí?- dijo Ángela con inocencia, -Oh perdón cariño, no sabía que estabas ya esperándome- dijo el padre entre risas. Otro día más, el padre le vuelve a explicar la situación. El mundo se encuentra en un apocalipsis zombi y el padre ha encerrado a su hija Ángela en el sótano para mantenerla a salvo del exterior, todos los días debe tomarse esas pastillas del mueble para estar sana de la enfermedad de fuera y no convertirse en uno de ellos. Todos los días después de su rutina diaria, Ángela va con ilusión a que su padre le cuente alguna de las historias del exterior para aprender más y más de lo que hay donde ella no puede ver. Ella cree firmemente que tiene a un padre muy valiente, que la quiere mucho, ya que la mantiene a salvo de los peligros de fuera y que baja todas las noches mientras duerme para dejarle la comida, volver a ponerle las pastillas y salir a por más recursos para ella al exterior. Se despiden con cariño y Ángela se dirige hacia su cama para tomarse las pastillas y descansar, esa misma noche cae en un sueño muy profundo en el que se encuentra en su misma habitación, pero al dirigirse a la escotilla del sótano, la puerta estaba abierta. Ángela con curiosidad sale de ella para encontrarse con la misma habitación en la que estaba durmiendo, al dirigirse otra vez donde la escotilla, volvía a repetirse el patrón y Ángela, antes de entrar en pánico y llorar, se despierta con un sudor frío y temblando.

La rutina comienza otra vez, Ángela se levanta de su cama; se ducha para poder estar limpia y espabilada; se calienta la comida que le ha dejado su padre y posteriormente se la come. Después de observar cómo su pequeña plantita había crecido, la riega de nuevo deseándole una próspera vida y se pone a esperar felizmente a su querido padre. -¿Cariño?- pregunta el padre, -¡Papi!- exclamó Ángela con ilusión. Esta vez su padre le habló de cómo de desoladas estaban las calles, sin ningún humano vivo y sano, además del deplorable estado de las estructuras que componían la ciudad. Esta vez a Ángela le llamó la atención que su padre le hablase de una tal "Manzana", le dijo que era un fruto muy rico y dulce del exterior y le prometió que el próximo día le traería una. Ángela, emocionada por el próximo día, se despide de su padre y se dirige nuevamente a la cama después de ingerir sus pastillas. Cae otra vez en un sueño profundo, pero este es diferente, se encontraba en una habitación roja con un techo muy alto y un objeto en la zona intermedia, tirado en el suelo. Ángela se acerca con curiosidad, pero no es algo que reconozca. Era un objeto irreconocible, como si no pudiese formular como se ve y por mucho que lo intentaba, carecía de la posibilidad de verlo de forma clara y concisa hasta que paró un momento y pensando en voz alta dijo -¿Es esto una manzana? Al recitar esas palabras se volvió a levantar, otra vez, con sudor frío y temblores.

Repitiendo de nuevo la rutina, se dirige a regar la planta pensando en que era lo de aquel sueño y sin darse cuenta llega la hora de hablar con papá, -¿Ángela?- preguntó el padre, -¡Papi!- exclamó Ángela. Esta vez, tal y como había prometido el padre, le trajo la famosa manzana, y Ángela feliz la cogió, le dio un mordisco y se sorprendió por la dulzura y el sabor de ese alimento, -¡Gracias papi!- exclamó con entusiasmo mientras cerraba la escotilla. Ángela volvió a la cama impaciente de lo que ocurra mañana. Esa misma noche soñó estar tumbada en la cama encadenada a las paredes, con sus extremidades completamente inmovilizadas, despertando después de un rato, esta vez sin sudor ni temblores.

Al día siguiente, después de su rutina diaria, volvió a la escotilla emocionada por saber más del exterior, pero... no venía nadie. Pasaron segundos, minutos, incluso horas, pero no hubo respuesta y a medida que pasaba el tiempo el estrés de Ángela solo iba a más, pero se tranquilizó pensando que simplemente estaría ocupado. Ángela se fue a la cama después de tomarse las pastillas y soñando exactamente lo mismo que la última vez. Al despertar, después de haber soñado lo mismo, pasó el día preocupada y sus pesadillas se volvieron realidad, su padre no aparecía. Al día siguiente pasó lo mismo y Ángela empezó a pasar hambre, tuvo tanto tiempo libre para pensar que se le olvidó un pequeño factor... Sus pastillas se habían acabado.

Ella había pensado que mientras no saliese no habría ningún problema, así que se fue a descansar. Esa misma noche soñó lo mismo que el resto de días, pero esta vez, las cadenas estaban especialmente débiles, Ángela con un par de movimientos bruscos consiguió romperlas, liberarse del aprisionamiento y despertar en medio de la noche de la impresión.

Cuando se despertó, volvió a tumbarse y cerró los ojos, acto seguido escuchó la escotilla abrirse... Ángela decidió hacerse la dormida, escuchaba los pasos, acercarse poco a poco, uno detrás de otro y cada segundo que pasaba su corazón latía más y más rápido. Hasta que escucho la voz de su padre... -¿Estás despierta?-, Ángela no respondió y seguido se escuchó una sirena muy alarmante fuera de la vivienda -Mierda- dijo el padre enfadado. Posteriormente, se escucharon pasos rápidos alejándose y la puerta de la escotilla, Ángela se durmió pensando que solo había sido un mal sueño. Al día siguiente se acercó a la escotilla, estaba abierta de verdad y decidió salir para ver el exterior. -¿Papá?- Fue lo primero que dijo en voz alta después de salir.

Salió a lo que parecía una versión distinta de su habitación, con zonas de paredes transparentes y un mueble con papeles. En uno de ellos ponía el nombre de su padre seguido de "en busca y captura por la desaparición de la joven Ángela" y apartando ese papel de su vista pudo ver uno más pequeño en un papel algo más fino y alargado... "9.00\$ Caja de somníferos" -¿Qué es... somníferos?- dijo Ángela en voz alta.

Al terminar de leer salió a lo que parecía una habitación muy brillante, sin techo, y miró hacia arriba -¿Qué es esa bola brillante en el techo? Me duelen los ojos al verla- después noto algo extraño en su estómago... -¿Por qué tengo un bulto en la tripita?..

ADRIÁN RODRÍGUEZ

EL CAMPAMENTO DE VERANO

Emma estaba muy emocionada e ilusionada porque se iba a ir un mes a un campamento de verano a las afueras de Inverness, Escocia, con sus amigas. Durante el trayecto de casa al campamento su madre, le estuvo diciendo que se portara bien, que no se metiera en líos, que comiera la comida que le pongan ... Lo típico de las madres cuando te vas unos días fuera de casa.

Después de cuatro interminables horas de trayecto, llegaron por fin a un castillo como en los cuentos de dragones. Emma y sus amigas se quedaron boquiabiertas al ver el enorme castillo en el que se iban a alojar durante la estancia del campamento. Les contaron en la presentación, que aquel castillo perteneció a una familia que cayó en desgracia a raíz de la muerte de la hija en extrañas circunstancias, la cual, fue encontrada degollada en el fondo del lago, cerca del castillo. Después de la chapa que les dió, el antiguo mayordomo de la familia, que ahora, es el encargado de mantener el castillo, ya que la familia lo dejó en manos del Estado.

Los dos primeros días del campamento, fueron increíbles, el castillo era muy grande y cada día descubrían sitios nuevos, mientras iban contando historias sobre que le pudo ocurrir a aquella pobre niña. A partir del tercer día en las noches se escuchaban ruidos y llantos, Emma y sus amigas pasaban mucho miedo y no dormían. Por el día se lo comentaban a los monitores y estos no les hacían caso; hasta que una mañana se levantaron y al irse a lavarse la cara, vieron en el espejo una frase escrita con sangre que decía: "iros todos del campamento". Asustadas fueron corriendo a avisar a los monitores, y cuando subieron todos juntos, la frase había desaparecido. Los monitores no le dieron importancia y les dieron un aviso de que no gastaran más bromas.

Esa misma noche Emma y sus amigas estuvieron toda la noche en vela, y a la mañana siguiente un chico del campamento desapareció. Estuvieron todo el día buscándolo, hasta que apareció ahorcado en el árbol.

El campamento fue invadido por policías, ambulancias, y forenses analizando lo sucedido, y mientras tanto, los niños fueron a hacer sus maletas para irse a casa lo antes posible. Cuando ya estaban terminando, el mayordomo subió a la habitación del grupo de Emma, y este, le empezó a contar la leyenda sobre la hija fallecida de la antigua familia del castillo.

Los monitores les llamarón para que bajase y se montaran en el autobús, pero Emma intrigada por descubrir el final de la leyenda se quedó en la habitación con el mayordomo, mientras sus amigas bajaban. Al final Emma y el Mayordomo nunca aparecieron. Al llegar a casa, una de las amigas de Emma encontró en su mochila un papel lleno de sangre, en el que ponía: esto no acaba aquí, series las siguientes.

RUTH MARTÍNEZ

SI LA BUSCAS, ELLA TE VA A ENCONTRAR

Desde que Mateo era niño, su abuela siempre le repetía una advertencia la cual le ponía los pelos de punta: "Si algún día escuchas a la Llorona, nunca la busques. Porque si la buscas, ella te va a encontrar."

Él, como cualquier niño, no comprendía muy bien el peligro. Con el paso del tiempo, la advertencia de su abuela se convirtió en un recuerdo, una historia más de las que esta contaba con suspiros. Pero ahora, a sus veintitrés años, esa advertencia empezaba a tener sentido.

Mateo vivía solo en un piso antiguo en el centro de la ciudad. Había heredado ese piso de su abuela, la cual había fallecido recientemente. Era una noche especialmente silenciosa cuando todo comenzó.

Eran casi las dos de la mañana. Mateo había salido a la calle para fumar un cigarrillo, buscando despejarse después de una discusión con su pareja. La noche era fresca, y el único sonido eran los coches que pasaban a lo lejos. Pero entonces, algo cambió.

Primero llegó el silencio. Un silencio absoluto, como si todo se hubiera detenido. Los coches, el viento, incluso el ruido de las hojas y el jaleo de los bares. Mateo sintió una presión en el pecho, como si el aire se volviera espeso.

Y luego, la escuchó. Un lamento profundo, desgarrador, que parecía arrastrarse por el aire, acercándose desde algún rincón oscuro.

—¡Ay, mis hijos...!

Mateo sintió un escalofrío que le recorría todo el cuerpo. La voz parecía lejana, pero se oía suficientemente bien, como si se filtrase directamente en su cabeza. Recordó las palabras de su abuela y sintió el instinto de entrar corriendo al piso y cerrar con llave. Pero algo hizo que se detuviera

"¿Y si es solo una broma?", pensó, aunque su cuerpo no quería comprobarlo. El lamento volvió, esta vez más cerca. Mateo tragó saliva y miró hacia la calle. La niebla comenzaba a formarse en el aire. Podía jurar que algo se movía entre ella..

Decidió retroceder hacia la puerta. No corrió, ni quiso mirar de nuevo. Entró, cerró con llave y apagó las luces. Solo, escuchando su propia respiración agitada, experimentó el verdadero miedo.

Una semana después del incidente en la calle, Mateo intentaba olvidarlo. Se auto convenció de que había sido un malentendido, un truco de su mente. Hasta que, una noche, la escuchó otra vez.

Esta vez no fue en la calle. Fue dentro de su casa. Empezó con un ruido extraño, como si algo rascara las paredes del piso. Mateo dejó la televisión en silencio y aguzó el oído, intentando de identificar el origen. Y entonces, el lamento volvió:

—¡Ay, mis hijos...!

La voz sonaba apagada, como si estuviera atrapada entre los muros. Mateo se levantó de un salto, sintiendo cómo el miedo recorría cada parte de su cuerpo.

—No puede ser... —murmuró, pero su voz apenas era un susurro.

La voz volvió a sonar, esta vez más clara. Era como si viniera del pasillo. Mateo no pudo evitarlo y dio unos pasos hacia allí, con el corazón golpeándole las costillas.

La voz parecía venir de su habitación. Mateo se tragó el miedo, y empujó la puerta de la habitación, la cual se abrió lentamente. El armario estaba entreabierto.

“Ahí no hay nada. Solo es mi mente jugándome una mala pasada”, pensó. Pero el lamento volvió, y esta vez, no había duda: venía del interior del armario.

Mateo sintió cómo si le fallaran las piernas, pero reunió el coraje para acercarse. Temblando, agarró el mango de la puerta y la abrió de golpe. El interior estaba oscuro, pero algo se movía. Podía sentirlo. Y de repente, la voz surgió, desgarradora y cerca, tan cerca que casi sintió el aliento helado.

—¿Por qué me buscas...?

Mateo retrocedió rápidamente, tropezando y cayendo así al suelo. Cerró la puerta del armario de un golpe y salió corriendo de la habitación.

Esa misma noche, Mateo no pudo dormir. Encerrado en el salón, con todas las luces encendidas, esperaba que amaneciera pronto. Pero el lamento volvió. Esta vez, era aún peor. Venía de todas partes, como si la casa misma estuviera llorando.

—¡Ay, mis hijos...!

El eco golpeaba en los muros, se colaba por las ventanas, se filtraba en cada rincón. Mateo se llevó las manos a los oídos, pero no sirvió de nada. Entonces lo entendió: la Llorona estaba allí porque él la había buscado.

El armario de su habitación comenzó a golpear con fuerza, como si algo desde dentro quisiera salir. Mateo no pudo evitarlo más. Se levantó y, temblando, avanzó hacia la habitación. Llegó a la puerta y la abrió.

El armario estaba inmóvil, pero las puertas estaban entreabiertas. Una bruma oscura se filtraba desde el interior.

—¡Ay, mis hijos...! —la voz ahora sonaba como un grito, tan cerca que parecía rodearlo.

Mateo avanzó, como hipnotizado. Abrió las puertas del armario y ahí estaba ella. Una figura encorvada. Sus manos largas y huesudas se aferraban a las puertas. Su rostro, o lo que quedaba de él, era un vacío negro, con lágrimas oscuras que se derramaban sin cesar.

—Me encontraste...

Mateo gritó, pero no salió sonido de su garganta. La figura se abalanzó hacia él, y lo último que vio fueron esas manos extendiéndose hacia su rostro. Mateo nunca apareció después de eso.

Nunca busques lo que no quieres encontrar.

MARÍA MARTÍNEZ

EL MISTERIO DE LA MANSIÓN ABANDONADA

En un pequeño pueblo llamado Lavanda, había una mansión abandonada en las afueras al final de un camino estrecho y retorcido que acababa en un campo desértico, con un árbol solitario y apenas unos arbustos dispersados. La mansión estaba casi en ruinas y solo con verla ya daba miedo; sus puertas y ventanas estaban medio descolgadas y los cristales rotos. La gente del lugar contaba leyendas sobre la casa y su antiguo dueño; decían que era un hombre mayor, muy serio, que no se relacionaba con nadie y que siempre estaba enfadado. Las personas del pueblo no saben que ocurrió con él, solo que hacía mucho tiempo que no le veían y pensaron que se había ido del pueblo o que habría muerto.

Un grupo de cuatro amigos decidieron pasar allí la noche de Halloween. El interior de la casa era como un laberinto de pasillos llenos de polvo y telarañas, oscuras habitaciones, escaleras destartadas y cuadros en las paredes que parecían observar a los chicos mientras recorrían la casa.

Empezaron a recorrer las habitaciones una por una, las puertas chirriaban al abrirla dando más misterio a la casa y asustando a los chicos cada vez que abrían una. La mayoría de las habitaciones tenían los muebles e incluso fotos de personas sonrientes, excepto un hombre muy serio, que parecían formar parte de una familia.

También encontraron un sótano que parecía haber sido utilizado como laboratorio, que daba la sensación de haberse utilizado para hacer experimentos extraños que, con la poca iluminación de las linternas, aún daba más miedo. No estuvieron allí mucho tiempo y salieron corriendo, como si alguien les persiguiera.

De repente, empezaron a escuchar música antigua; siguieron el sonido y llegaron a una sala de baile en la que había un antiguo tocadiscos girando sin parar.

El más atrevido de los cuatro, se acercó e intentó apagarlo, pero le dio una descarga eléctrica y se encendieron todas las luces. Al fondo apareció una oscura figura encapuchada que se iba acercando lentamente a los asustados muchachos. Intentaron escapar, pero las puertas estaban cerradas y la figura se abalanzó sobre ellos haciendo que desaparecieran.

A la mañana siguiente todo el pueblo salió a buscarlos, pero no los encontraron y esto hizo que la leyenda y misterio de la gran mansión se hiciera aún más grande y se expandiera mucho más allá del pequeño pueblo Lavanda.

ÓSCAR LA ORDEN

NOS VOLVEREMOS A VER

A las 21:45 pm empezaba el turno de Alexa, chica que trabaja de turno de noche en una cafetería en las afueras de la carretera. Todos los días venía un cliente a la misma hora siempre pedía lo mismo, un café y huevos con beicon. A Alexa le daba escalofríos aquel hombre, porque nunca hablaba, pero siempre le pedía lo mismo enseñándole la carta de la cafetería apuntando con el dedo lo que quería. En el pueblo todos lo conocían como el hombre encapuchado, porque nadie nunca le había visto la cara ni sabían nada de él, lo único que sabían es que vivía en una caravana en medio de la selva de Irati, situada en el norte de Navarra (España).

Alexa tenía un novio llamado Mikel, quien tenía sus sospechas de aquel hombre. Lo había estado espiando, ya que un día una persona entró a su casa de madrugada. Él vio una sombra que no se movía y no era un bulto de ropa. Cuando se dio cuenta de aquella sombra, se levantó para intentar capturarla. En cuanto Mikel se levantó, aquella sombra se fue por el balcón y lo único que vio Mikel antes de que esa sombra desapareciera, fue una persona con capucha. A partir de ese día estuvo averiguando sobre el hombre que podría haber entrado en su casa. Preguntaba por el pueblo si tenían alguna información sobre si había habido algún robo últimamente por el centro, que es donde vivían ellos.

Hasta que un día, una vecina le avisó de que últimamente había estado viendo un hombre que se quedaba fuera de su casa observando de manera muy extraña. Eso a Mikel le puso muy nervioso, decidió seguirle preguntando a los demás vecinos por si tuvieran alguna información más hasta que le llegó una carta a casa con información anónima, en la carta ponía "El hombre que buscas vive en el bosque". Se quedó asombrado y con mucho miedo tras leer eso y se puso a investigar más a fondo el bosque.

Un día vio a un hombre entrando hacia al bosque de manera extraña ya que miraba mucho a su alrededor para comprobar que nadie le viera entrar. Mikel sospechando de él, decidió seguirle hasta ver una caravana. Pasaron los días y a Mikel nunca se le quitó la imagen, hasta que un día decidió entrar en la caravana de aquel hombre para ver que escondía. Al entrar en su casa, encontró un mural de fotos de Alexa y un cuaderno con todas las cosas que le gustaban a Alexa. Mikel estaba asustado y decidió llamar a la policía, pero, de repente, escuchó pasos venir, era el hombre. Trato de escapar por la ventana y empezar a correr ya que no veía rastro del hombre. Aquel hombre empezó a correr detrás de él con un cuchillo. Mikel estaba cansado debido a que ese día había llovido y estaba todo lleno de barro, entonces se cayó y aquel hombre terminó con su vida.

Al día siguiente, Alexa se levantó y vio que no estaba Mikel, decidió llamarlo varias veces, pero no contestó ninguna llamada. Así siguieron pasando los días y nunca encontraron nada, ni rastro de quien podría haber sido el asesino de Mikel.

Alexa que estaba hecha pedazos desde ese día. Nunca se quedó conforme con lo que le decía la policía, así que decidió buscar por su propia cuenta al asesino. Pasaron meses, años, precisamente dos años, y Alexa no encontraba pistas. Hasta que un día sacando a pasear a su perro por el bosque empezó a mover la cola mientras se fue corriendo y Alexa decidió seguirlo. En el momento en el que su perro paró, Alexa miró al borde del acantilado y se dio cuenta de que había algo extraño abajo, así que decidió bajar a comprobar que era.

Cuando bajó a comprobar, vio un rastro de líquido rojo. Se temía lo peor, pero siguió caminando hasta que en el suelo se encontró una mano. Pensaba que era de juguete ya que se acercaba Halloween. Alexa se acercó y vio una mano en la que estaba el tatuaje que tenía junto a su pareja Mikel.

Asustada, llamó a la policía. La policía y los detectives llegaron lo más rápido posible. Al ver que solo se había encontrado la mano decidieron traer perros para intentar encontrar el resto del cuerpo. Los perros localizaron todas las partes menos la cabeza, dejando así en duda quien podría haber sido el asesino. Al día siguiente, se publicó en las noticias: "Hombre aparece descuartizado sin rastro de la cabeza".

Alexa que estaba en su turno se dio cuenta de que el hombre que siempre iba a la misma hora y que siempre pedía lo mismo nunca apareció. Mientras terminaba su turno a las 3:33h de la madrugada sacó la basura y a lo lejos vio a alguien entre los árboles observándola de manera extraña. Se acercó para ver quién era e intentar interactuar con él.

Cansada de todo, trató de acercarse a averiguar quién era, se dio cuenta por la mítica capucha de color rojo, que era el hombre que venía todos los días. Trató de comunicarse con él diciéndole "- ¿Quién eres?" él corrió y dejó caer un anillo, ella recogió el anillo y lo reconoció, ya que era el anillo que le regaló Mikel cuando estaban juntos. Ella cayó en llanto cuando vio el anillo. Desde ese momento supo que el asesino era el hombre encapuchado. No supo qué hacer ni cómo actuar y cuando quiso reaccionar le dieron con una pala en la cabeza quedando inconsciente en el suelo.

Al despertarse, se dio cuenta de que estaba dentro de una caravana. Vio un corcho con fotos de ella mientras hacía diferentes tipos de cosas en la calle, en la cafetería, hasta que una le llamo la atención. Era una al lado de ella mientras dormía, en la cual se veía a Mikel tachado con una "X" de color rojo. Entonces ahí ella se dio cuenta de que el asesino era él, y terminó de darse cuenta cuando vio una foto en la que se veía a Mikel corriendo tras él. Entonces entró en pánico e intentó desatarse de aquella silla que no le dejaba moverse a ningún lado. Ella escuchaba como venía el hombre y le dijo "- ¿Por qué haces esto? ¿Tú mataste a Mikel? ¿Qué te hecho yo para merecer esto?" él le dijo a ella, "-No te acuerdas de mí?" Se quitó la capucha y Alexa se quedó sorprendida viendo que al hombre que tanto había temido todo este tiempo era el hermanastro de Mikel.

Se llamaba Marcos. Era el típico chico listo que sacaba buenas notas. Estaba secretamente enamorado de Alexa. Desde primero de la eso hasta que terminaron bachiller, ya que Alexa se fue a una universidad distinta a la que iba él. En aquella universidad fue donde conoció a Mikel. Era el tipo chico guapo, que le caía bien a todos. Él se enamoró de Alexa sabiendo que su amor no era correspondido ya que estaba con su hermanastro. Al graduarse Alexa, se mudó junto a Mikel y nunca más supieron nada de Marcos porque Mikel no se llevaba bien con él y Marcos desapareció desde aquel día. Después de tener un flashback, él le dijo "- ¿POR QUÉ ÉL Y NO YO?", se quedó asustada después de escucharlo gritar. Lo último que le dijo él fue "-Te tengo un regalo" y lo último que vio Alexa antes de desmayarse fue la cabeza de Mikel, lo único que la policía nunca llegó a encontrar.

Alexa despertó y pudo desatarse. Corrió lo más lejos que pudo ya que pensaba que Marcos le estaba siguiendo, de lo débil que estaba se volvió a desmayar. Días después, encontraron el cuerpo de Alexa tirada en medio de un río. Una señora que iba paseando se encontró el cuerpo aún con vida de Alexa. Rápidamente llegó la policía con una ambulancia para poder llevarla al hospital.

Lo último que se supo de Marcos fue que dejó la ciudad donde residía. De Alexa lo último que se sabe es que dijo "Nos volveremos a ver..."

YINGER NATHALY ARPI MORALES
EMANUELE SALAZAR DA CONCEICAO

LOS NIÑOS

Abrió los ojos.

Sintió un escalofrío causado por el gélido invierno recorriéndole la espalda, se levantó de la cama, bajó las viejas escaleras, entró en la cocina, preparó dos boles de cereales con leche y los apoyó sobre la encimera, sintió una presencia tras él, se dió la vuelta. Valeria y Lucas. Les dió los buenos días junto a dos cálidos besos en la frente, sus hijos de cinco y siete años empezaron a desayunar.

En los pasillos del colegio se olía el miedo y la preocupación, las aulas se veían más oscuras, más siniestras, los alumnos estaban asustados, y los profesores, enmascaraban sus caras con falsas sonrisas para intentar aliviar el cargado ambiente, pero, en la sala de profesores, sacaban a relucir sus amargas caras e intercambiaban sus pensamientos.

Era ya la tercera semana desde la desaparición de Daniel.

Tras entrar Mateo en la sala, y saludar a sus compañeros de trabajo, el resto de profesores, empezó la rutinaria conversación que se daba a cabo todas las mañanas desde hace tres semanas.

-¿Tenemos novedades? Preguntó Mónica, la profesora de inglés. Ana, la directora del centro, movió la cabeza de lado a lado sin decir nada en señal de negación. Mateo soltó un suspiro que llevaba rato reteniendo, -Esto es insoportable, ¿Nos vamos a quedar así, de brazos cruzados? Los niños tienen miedo, hay padres que han dado de baja a sus hijos, están todos aterrados, ¿Qué les respondo cuándo me preguntan asustados que cómo es posible que desaparezca un alumno del centro durante el horario escolar si yo tampoco lo sé? ¿Cómo voy a tranquilizar a padres y madres preocupados por sus hijos si yo soy el que más lo está por los suyos sin que siquiera vayan a este centro? Ana, que había estado sentada en silencio hasta el momento, se levantó de su silla y se acercó a Mateo, le puso una mano en el brazo en un vano intento de consolación. -Mateo, si nosotros como profesores no nos mostramos tranquilos, nadie lo estará, yo no tengo hijos, pero soy consciente de lo que estás sintiendo ahora mismo, tú, los padres de Daniel, y todos los padres de nuestros alumnos, de momento no hay grandes avances en la investigación, pero se está relacionando el caso con otras viejas desapariciones en otros centros, poco a poco llegaremos al fondo de esto, estate tranquilo, de momento, dejemos a los inspectores y a la policía hacer su trabajo.

Mateo cruzó el patio infantil, para después pasar la metálica puerta que separaba el colegio de la calle. Sintió el frío viento chocar contra su pálida cara, se sentó en un

banquito de madera a diez metros del colegio, como solía hacer cuando necesitaba estar solo, pensar. Intentaba averiguar dónde podría estar Daniel, qué sería de él ¿Esto era un secuestro? ¿Una broma? ¿Se había escapado él por voluntad propia? No, eso era imposible, ¿Por qué iba a hacer eso un niño de siete años? Quizás una pataleta lo había llevado a cometer semejante acto, pero no, Daniel era un niño tranquilo, "era" ya lo estaba tratando en pasado, como si ya nunca lo fuera a ver. Mateo se quitó las gafas y se tapó con una mano la cara, de repente, los rostros de sus hijos le invaden la mente, Lucas y Valeria ¿Que haría si les pasara lo que a Daniel? Si desaparecieran de un día a otro sin dejar ningún tipo de rastro, no podría soportarlo, intentó borrar esos pensamientos de su cabeza en seguida, era demasiado, pero no podía parar de preguntarse: ¿Dónde está Daniel?

Ya estaba en casa tras la jornada escolar, otra más, cada vez más insoportables. Tras la desaparición, todo lo era, o casi todo. Miraba a sus hijos comer enternecido, eran su lugar seguro, con ellos cerca, todos los problemas y preocupaciones desaparecían, se esfumaban de su cabeza en un instante, mientras que a ellos no les pasara nada, todo iría bien. -Nunca os pasará nada malo, lo sabéis ¿verdad? -Sí papá. Respondieron dulcemente los pequeños.

Esa noche, sentía que las paredes de su cuarto se hacían cada vez más pequeñas, veía a sus hijos alejarse de él, lentamente, hundiéndose en una profunda oscuridad, no se despedían de él, tampoco le hablaban, solo desaparecían entre desgarrados gritos. Abrió los ojos, se incorporó de golpe, las gotas de sudor resbalaban bajando por su cuerpo, estaba helado, sentía el aire cada vez más pesado y el oxígeno más difícil de llegar a sus pulmones. Otra vez, las pesadillas, escuchó unos desconsolados llantos en el piso de abajo, pero ahora, no estaba durmiendo. Bajó frenéticamente las escaleras, y entró al cuarto de los niños, tras consolar a Lucas, que era quien lloraba, volvió a subir a su

cuarto para intentar reconciliar el sueño. Golpes en la puerta. Mateo se despertó, y tras levantarse de la cama, se dio cuenta, todavía era de noche. ¿Quién llamaba a esas horas? Ahora suena el timbre. Bajó las escaleras y se acercó con pasos silenciosos a la entrada. Volvieron a tocar. La abrió. Tras ella se encontraban dos hombres, uno era alto y delgado, el otro bajo y esbelto, pero los dos, llevaban uniforme policial. -Buenas noches señor. Dijo el alto con semblante serio.

-Buenas noches ¿Hay algún problema? ¿En que les puedo ayudar? Mateo no entendía nada. -Señor, ha llamado la vecina, ha escuchado llantos y gritos fuertes.

Ahora hablaba el otro policía, el bajo.

-Ahh sí, no se preocupe, era mi hijo, Lucas se llama, tiene siete años, tenía pesadillas, tiene a menudo, es normal en un niño de su edad, pero ya lo he calmado.

-Bueno entonces no le importará que entremos a echar un vistazo.

-No no, claro, pueden pasar. El policía bajo entró, el otro se quedó en la puerta. -Pero Mateo. Ya no era ninguno de los policías quien hablaba, era Carmen, la vecina, tenía unos sesenta años, miraba con cara de pena y preocupación. No la había podido ver hasta el momento, estaba en una esquina, casi escondida, detrás del policía alto.

-Mateo, tú no tienes hijos. Los perdiste junto a tu mujer en un accidente de tráfico hace ya dos años.

Mateo se quedó quieto, la cabeza le empezó a dar vueltas, estaba completamente dissociado de la realidad, Carmen seguía hablando, pero él ya no la escuchaba. Tenía razón. Sus hijos estaban muertos. Había estado pensando todo este tiempo que esos niños eran sus hijos, los llamaba por los nombres de los suyos, los trataba como a los suyos, los cuidaba, les cantaba...

Pero entonces, ¿Quiénes eran en realidad esos niños?

¿Qué había hecho?

-Ven a ver esto. El policía bajo llamaba al alto desde el cuarto de los niños, este fue lentamente, trastocado, por lo que acababa de escuchar. Entró en el cuarto, observó lo que tenía frente a sus ojos, se puso pálido. Allí en el cuarto, estaba Daniel, a quien Mateo había estado llamando, Lucas, el nombre de su hijo fallecido, también había otra niña, era una de las desaparecidas de otro colegio, Valeria para

Mateo, su hija fallecida. Y sí, Mateo los había "calmado".

AYAH MOHAMED

LUZBEL

La noche cayó sobre el pequeño pueblo, cuando un golpe seco en la puerta rompió el silencio en casa de la honrada familia Fernández. Marta, la madre, se apresuró con curiosidad a la puerta y al abrir encontró una cesta con una manta y, en su interior, un bebé de que dormía plácidamente. No había carta, ni explicación, solo un pobre recién nacido con su sombra ante la luna.

La familia Fernández, era una familia adinerada de la pequeña localidad de Villamediana de Iregua. Estaba compuesta por Marta, la sumisa y dulce madre, Luis, el trabajador y gracioso padre, Clara, la enferma, pero esperanzadora hija mayor y Adrián, el egoísta e ingrato hijo menor.

A partir de esa noche, la familia Fernández sumó un miembro más a su linaje y al que llamaron Luzbel. Con el paso de los años Luzbel creció hasta cumplir los 10 años, como uno más en la familia, pero sin conciencia del secreto que le ocultaban sus padres y hermanos. Desde pequeño se hizo muy apegado a su hermana Clara, ahora pues de 17 años, puesto que le protegía de su hermano Adrián, tres años mayor que él, y que se dedicaba días eternos a molestar a Luzbel.

Una trágica tarde Clara volvió a caer enferma por culpa de una patología con la que acarreaba desde su nacimiento y que implicaba que su propio organismo le atacase a sí misma cuando contraía un simple catarro. Pese a luchar contra esta infernal patología, siempre se mostraba con una sonrisa y un mensaje de esperanza tanto para sus padres como hermanos. Sin embargo, esta vez fue distinto ya que tristemente Clara falleció.

El dolor y la pena consumieron a Luzbel encerrándolo en su cuarto durante semanas, asimismo, sus padres también estaban apenados e intentaban que su hijo saliese de su cuarto, pero era imposible, el dolor podía más que el amor que sus padres sentían por él. Al margen de todo esto, Adrián no sintió ningún dolor, de hecho, todo lo contrario, pese a su corta edad e inmadurez se alegraba de la muerte de su hermana a escondidas ya que egoístamente solo miraba por el dinero que iba a heredar por parte de sus padres cuando estos falleciesen. Sin embargo, Luzbel si se percató de la inmoral actitud de su hermano, aumentando su odio hacia él.

Un año más tarde, Adrián estaba jugando con sus amigos en el patio trasero de la casa. Mientras tanto, Luzbel, lo observaba desde la ventana del segundo piso, fijó su mirada en Adrián pensando en cómo en un día que debería ser de luto, para recordar a Clara, Adrián lo pasase disfrutando como si nada, en ese mismo instante algo en su interior se agitó, una oscuridad que no había sentido antes, pero que le resultaba familiar.

Esa noche, mientras la familia cenaba, Marta intentó romper el tenso silencio.

-Luzbel, ¿Qué tal has pasado el día?

El niño levantó la mirada, sus ojos, que siempre habían sido de un marrón cálido, ahora parecían más oscuro, casi negro.

-Bien, mamá. Pero Adrián no creo-dijo en voz baja.

Luis, viendo la intención con la que lo decía Luzbel intentó calmar la situación con un comentario gracioso, pero no sirvió de nada.

Adrián soltó una carcajada sarcástica.

- ¿Y qué vas a hacer, hermano? ¿Mirarme con esos ojitos raros hasta que me asuste?

Luzbel no respondió. Solo lo miró fijamente.

Esa noche, Adrián despertó sobresaltado por un ruido extraño en su habitación. Al abrir los ojos, vio a Luzbel parado de pie al lado de su cama, inmóvil, con una expresión fría. Antes de que pudiera decir algo, las velas que había en la mesita se encendieron solas, proyectando una sombra de una extraña figura con cuernos, alas y cola a la espalda de Luzbel.

Adrián gritó, pero su voz se quebraba como si tuviese un nudo en su garganta.

La figura alada avanzó y extendiendo una mano sobre Adrián.

-Si lo único que no permite salir a la oscuridad desaparece, esta se libera y si además se le provoca, se descontrola y ataca. -Concluyo Luzbel.

A la mañana siguiente, Marta y Luis encontraron la cama de Adrián vacía, las sábanas quemadas. Luzbel los observaba desde el marco de la puerta, con una sonrisa serena que no encajaba en el rostro que el niño tenía desde la muerte de Clara.

- ¿Dónde está tu hermano? -preguntó Luis, temblando.

-Con quien debía estar -respondió Luzbel con voz tranquila.

Esa noche fue la última para la familia Fernández. Marta y Luis despertaron con el sonido de risas provenientes del salón. Bajaron apresurados y encontraron a Luzbel sentado frente al fuego, acompañado por la figura alada, que ahora se mostraba ante ellos.

Luzbel se transformó en la figura alada, y en un instante, las llamas de la chimenea se extendieron por la habitación. Marta y Luis fueron consumidos por el fuego, mientras Luzbel miraba sin pestañear.

Al amanecer, la casa de los Fernández era un montón de cenizas. Nadie volvió a hablar de la familia Fernández en Villamediana de Iregua, y los pocos que intentaron recordar su historia solo encontraron ceniza y un nombre: Luzbel.

BESTIA O DEMENCIA: TRAS LOS MUROS DEL MANICOMIO

Según Parménides, nuestros sentidos nos engañan, vemos movimientos en el mundo, pero solo son ilusiones de nuestra mente. Ya desde nuestros principios dudábamos de nuestra mente. Cuando empecé a estudiar en el instituto no comprendía su magnitud. Ahora, gracias a la situación en la que me encuentro, lo comprendo.

Sé que vosotros, lectores, queréis más información sobre mí, pero para esta historia no es necesario. Hay personas en nuestras vidas que no llegan para quedarse, solo nos enseñan cosas que nos van a ayudar en nuestro andar. Esa persona soy yo.

La mente puede hacer que una sombra sea una bestia. Qué irónico, nuestra mayor herramienta que nos sirve para poder sobrevivir en este vasto mundo puede engañarnos hasta el punto de ponernos en peligro. No os compadezcáis de mí, no soy una persona que merezca ese derecho. Mis crímenes respaldan ese argumento. Aún así, los médicos me diagnosticaron demencia solo por no sentir remordimiento por mis actos. Esta sociedad está podrida, tachan a una persona por demencia por cualquier cosa, tened una cosa por claro, queridos lectores, no estoy demente, pero tampoco cuerdo. No estoy loco. Pero entiendo que vosotros no lo veréis así.

Los médicos en este manicomio no buscan sanar. Ellos buscan catalogar, dar nombres y archivarnos en un expediente polvoriento que nunca volverán a abrir. Tratarnos como objetos, apartarnos de la sociedad, catalogarnos como animales.

(Unos pasos se acercan a la celda).

El doctor Ruiz respiró hondo antes de entrar a la celda. Paciente 237, considerado como un asesino en serie. Al entrar, el paciente hablaba solo, como era de costumbre. Al darse cuenta de la presencia del doctor, hizo una mueca de una sonrisa extraña, como si supiera algo que él no.

- Doctor Ruiz, usted siempre tan serio.
- Y usted tan demente como siempre. Hoy hablaremos de tu progreso o, mejor dicho, la falta de él. Me ha llegado la solicitud de cambiar tu dieta por aves crudas.
- Usted sabe que negarse a mis necesidades puede provocar mi retroceso.
- La petición es inaceptable. No es seguro para usted ni para los demás.
- ¿No quiere que sane, doctor? Comer pájaros me sana ¡Usted me prometió sanarme, doctor!
- Ayudarle no significa ceder en sus locuras. Mi deber es curar su mente, no alimentar más su locura.
- Creía que aquí solo eliminan la humanidad de los pacientes o, mejor dicho, reclusos.

- ¡Basta! Usted es una bestia y yo voy a tratarle, por hoy acaba la charla. No quiero negociar con su locura.

- ¡No me insulte doctor!, usted cree que esto es un juego, pero no entiende que yo ya he ganado. El paciente ríe sin cesar y el doctor cierra la puerta.

Cae la noche.

El Dr. Ruiz está realizando los informes del día en su despacho. Como siempre, no hay más que anotaciones de las demencias de los pacientes, sin embargo, ninguna solución a ellas. Mientras escribía sus notaciones, pensó en cómo podría librarse del Paciente 237. Era un paciente como los demás, pero había algo en él que no concordaba. Su extrema inteligencia, demostrada por los exámenes, superan el promedio. Ningún asesino en serie consiguió llegar a ese punto, aunque ya se sabía que estos dementes no eran tontos. Sus planes eran casi perfectos, solo unos pequeños errores hicieron que estuvieran aquí. Cuando el profesor terminó con sus reflexiones escuchó unos ruidos procedentes de las habitaciones. No le dio importancia, sabía, después de 10 años en este trabajo, que se trataba de un delirio de un paciente.

Al día siguiente, la rutina era como siempre. Sin embargo, a la misma hora, se escuchó el mismo ruido procedente del mismo lugar. Este hábito no se detuvo con el paso de los días. El Dr. Ruiz no podía explicar la procedencia de los ruidos y no encontró respuesta en los pacientes. Se estaba volviendo loco, demente como los pacientes. No podía pegar ojo, siempre estaba pensando en una solución para el problema. No por nada pudo ser doctor en psicología, necesitaba una respuesta. Un día mientras estaba repasando los formularios para realizar un estudio de un paciente se percató de algo. Paciente 237, cómo pudo olvidarlo. Uno de los métodos poco útiles para dementes como él es el aislamiento social, por eso solo tenía una reunión al mes. Era el único que quedaba por preguntar.

- Doctor Ruiz, no lo veo bien. ¿Está usted bien?

Muestra otra vez una sonrisa extraña.

- ¡Bestia sin compasión, sé que eres tú el que hace los ruidos por la noche!

- Pero que vemos aquí, no cree doctor ahora hay dos dementes en esta sala.

- Si no confieras tus delitos, haré que tu paso por aquí sea un infierno como el infierno que vivo yo.

- No cree que este exagerando Dr. Ruiz, puede que esos ruidos ni existan. Pueden ser producto de su mente. Recuerde que vive entre dementes, no sería extraño que se convierta en uno de ellos.

- Veo que no quiere llegar a un acuerdo, por lo que no cenarás hasta que confieses.

Procede a irse, pero le retiene una carcajada del paciente.

- Usted cree que eso me importé, sigue sin entender que yo ya he ganado este juego.

La noche después del encuentro con el paciente cesó el ruido. El Dr. Ruiz no podía comprender el por qué. Cuando terminó su rutina matutina, vio una carta en su escritorio. Al leerla quedó paralizado, era la letra del Paciente 237. Solo se encontró con una palabra, "CHECKMATE". No dudo un momento en ir a la celda del Paciente 237. No encontró más que la celda abierta y una habitación solitaria. Ya no tenía duda, él era responsable del ruido. Creyó que podía tranquilizarse, pero otro problema se presentaba.

Estuvo todo el día con los informes para poder encontrar una pista de su paradero. En su búsqueda que le tomó todo el día, sin previo aviso la luz se apagó dejando el cuarto a oscuras.

- Ya le dije Dr. Ruiz que yo había ganado el juego.

- ¡Crees que saldrás de esta sin consecuencias!

- Doctor, pregúntese son estas voces verdaderas o producto de tu mente. Puede que el demente siempre fuera usted y yo siempre fui una bestia.

- No me falta dudar, el que esta demente es usted. Preséntese como un hombre ante mí y zanjemos este asunto.

- Doctor, usted nunca intentó ayudarme. Me maltrataba con sus castigos. Usted no me salvó solo me empeoró. A un loco solo se puede empeorar con odio. El manicomio no cumple su significado, es una fábrica de personas que intenta curar. Aunque de todos los errores que ha cometido el peor que podido cometer es el siguiente doctor: "Dejar de alimentar a la bestia".

Esas últimas palabras fueron las últimas palabras que escuchó el Dr. Ruiz. Antes de que pudiera reaccionar, la bestia que fácilmente se podría confundir por un demente se abalanzó hacia él. Con sus propias garras la bestia o el demente fue haciendo que la piel de su presa se desgarrara. La bestia o el demente al ver la sangre de su víctima empezó a morder desgarrando pedazos de carne. Después de un tiempo, la víctima o presa aceptó su destino y se fue de este mundo. Y la bestia o el demente disfrutó un gran banquete....

MUJAHID HUSSAIN

LA CAJA NEGRA

Un día más. Cada mañana es igual. Me asomo a la ventana y veo los mismos coches pasando enfrente de mi tienda favorita, mi vecina paseando al perro y una aglomeración de niños que, entre risas, van a clase. Otra vez, llego tarde. Cargo con la mochila, bajo corriendo las escaleras y salgo de casa. Me encamino hacia el instituto, pero realmente no siento eso. Voy dirección oscuridad, hacia algo que no sé explicar. Como si al cruzar las puertas de ese lugar, me tragara y me sumiera en un auténtico pozo en el que todo cambia, del que no logro escapar.

En los pasillos, todo parece normal. Risas, conversaciones, pasos que van y vienen de un lado a otro, como todos los días. Pero para mí es diferente. Hay algo detrás de mí. Lo noto. Sé que está ahí, pero nunca hay nada cuando me atrevo a mirar. No sé dónde se esconde, pero sé que siempre estará acechándome. A veces pienso si hablará de mí o si me juzgará. Igual he cometido algún error del que quiera venganza.

Respiro hondo, tomo aire y hago como de costumbre, sonrisa y para adelante, aun así, siempre aparece, cuando menos lo espero. Intento ignorarlo, me pongo los cascos, escucho música, pero como si de una lapa se tratase, sigue pegado a mí. De vez en cuando susurra en cada esquina, en cada rincón: "¿por qué te molestas? Nadie te ve, no existes". Un escalofrío vuelve sobre mí.

Su voz es tan baja que podría ser mi mente, pero sé que no lo es. Lo sé porque no solo me habla, me sigue. Cuando estoy en clase, lo noto detrás de mi silla, acercándose a mi hombro. Actúo como si nada, pero su voz retumba en mi oído y penetra tan fuerte que me quedo paralizada, inmóvil, sin salida, como si estuviera en una caja negra vacía. Intento desviar mi atención preguntando dudas al profesor, pero nunca lo consigo. Me rindo.

Ese alarido frío y sombrío resuena en mí constantemente y el dolor de cabeza cada vez es mayor. Tomo pastillas para calmar el sufrimiento que siento cada vez que amanece, pero no sirven para nada, aunque al menos consigo engañar al cerebro durante unas horas. Tengo mucha más hambre de lo normal y también hay días en los que no me digno ni a aparecer en las comidas ni en las cenas de casa. No sé qué me pasa. Tampoco es que nadie lo note, siempre consigo sacar una sonrisa de oreja a oreja que todo el mundo se cree. Supongo que el monstruo que me encierra muchas noches en esa caja me ha enseñado algo.

A veces pienso si de verdad le importo a alguien o si soy una más en este mundo, una más de los miles de millones de personas que existen. "¿Qué es lo que me hace especial?". Esa es la frase que se repite en mi mente todos los días y de la cual no hallo respuesta. Debería ser feliz por estar viva, pero esa palabra ha perdido su significado en mí. Ya no valoro el paso de los días, de hecho, no quiero que pasen.

Por las noches, estoy en una caja. No puedo verla, pero me hiela las entrañas. Es negra, inaccesible. No tiene puertas, ni ventanas, ni siquiera aberturas pequeñas por donde pueda entrar el aire. Las paredes están cada vez más cerca y el techo se mueve, desciende. Al principio pensé que era un sueño, pero ahora estoy convencida de que es real.

Intento gritar, llorar, pero no me sale. Mi voz está paralizada, como si la caja me consumiera por dentro. Todo lo que oigo son mis latidos acelerados, mi respiración y su voz. Sí, la vuelvo a oír.

El monstruo está ahí, en algún rincón que no llego a divisar. Está observándome y se ríe. Siempre lo hace. Y la vuelvo a escuchar, la misma frase que resuena en mi cabeza cada día que me acuesto.

“Por qué tienes miedo. No hay salida. Nadie te necesita fuera de aquí”.

A veces me levanto cual Superman y alucino con que puedo escapar, alejarme de él y ser feliz, pero esos días son casi inexistentes. La caja siempre vuelve y cada vez se hace más y más pequeña. Cuesta más moverse, respirar y pensar. Estoy llegando a un punto en el que siento que me voy, que desvanezco, que no estaré mucho más tiempo. No logro encontrar respuesta a todas mis preguntas y eso está acabando por destrozarme. No sé quién soy, no sé quién es él, solo sé que no quiero vivir así. Creo que es lo mejor, al fin y al cabo, muerto el perro se acabó la rabia. A pesar de todo, siempre vuelvo a despertar y llega otro día más.

Hoy por fin lo vi, por primera vez, asomado a una ventana mirándome fijamente. No era una sombra creada por mi imaginación. Era real. Su cara era la mía, pero demacrada como un galgo en ayunas. Ojos hundidos y profundos, sonrisa retorcida, como si estuviera disfrutando de mi sufrimiento. Intenté gritar, pero no pude articular ni una sola palabra.

La gente pasaba de mí como de costumbre, riendo, hablando, todo parecía estar bien. Nadie lo vio. Nadie lo ve nunca. Siempre estoy sola en esta caja.

Esta noche, como tantas otras en las que duermo tres horas, reflexiono acerca de cómo el vacío va creciendo dentro de mí, cómo me está carcomiendo y en cómo el mundo sigue adelante, y yo me quedo atrás, atrapada.

He hecho todo lo que ha estado en mi mano para poder ser normal y que todo el mundo me entienda. Nunca lo conseguí. No estoy loca. Simplemente no hay salida. Me ha derrotado. Ya tengo asumido que el monstruo no vive conmigo, yo vivo con él. Yo soy él, ese monstruo soy yo.

Una vez no hace mucho tiempo en un pueblo cerquita de Los ángeles vivía una familia muy feliz, compuestas por la señora Smith y el señor Smith y su hijo Johns. Este se iba a casarse con una chica muy guapa, morena con los ojos muy oscuros con una melena brillante de color negro, Sophie, pero lo que no sabía de ella es que esta chica les iba a traer grandes problemas.

Estos dos se conocieron en un parque en el que iba Johns todos los días y se sentaba en un banco a leer "The it girl". Un día en aquel banco se sentó Sophie y Johns se la encontró leyendo el mismo, ambos empezaron a compartir gustos y a quedar mucho más. Hasta que un día Johns le propuso matrimonio, a lo que ella aceptó.

Todo parecía ir perfecto, Sophie ya conocía a los padres de Johns y se llevaban muy bien con ellos, pero la madre de Johns veía algo raro en ella como sino la convencieron del todo, los padres de Johns hablaron con su hijo a lo que este enfurecido les dijo que por primera vez que se sentía feliz con ella, se sentía seguro que le dejasen en paz. El padre tampoco se esforzó mucho por él, pero la señora Smith no lo iba a dejar en paz, después de tanto pensar en su hijo decidió conocer al señor Walton, padre de Sophie. El señor Walton era un padre soltero ya que la madre de Sophie murió cuando ella apenas tenía dos meses.

La señora Smith cuando fue a la casa del señor Walton, este le dijo que se fuera que ya no le importaba mucho su hija y no quería saber nada de ella ni de lo que esté pasando por su vida. La señora Smith le dio un papel con su número y se fue, pero ella no se iba quedar de brazos cruzados tenía que pensar en algo.

Por otra parte, el señor Walton se temía lo peor de su hija ya que sabía como era ella y llegó a un punto en el que decidió llamar a la señora Smith, antes de que marcase el número alguien llamó a la puerta. Era su hija quien estaba detrás de la puerta el padre le invitó a entrar y fue a por algo de comer para Sophie, mientras que le preparaba un sándwich su hija lentamente se acercó a él. Y le apuñaló varias veces hasta que murió.

Mientras tanto la señora Smith estaba encontrando por redes sociales alguna amiga de Sophie, y a la vez estaba pensando cómo podía hablar de nuevo con el señor Walton. Decidió ir mañana otra vez

A la mañana siguiente cuando estaba camino hacia su casa vio muchos coches policías y la ambulancia, alteradamente pregunto a la policía que es lo que estaba ocurriendo y este le dijo que el señor Walton fue asesinado. La señora Smith llamó a Sophie y le contó lo sucedido, Sophie llegó a la escena llorando con Johns.

En el funeral Sophie no paraba de llorar por su padre fallecido, Johns la consolaba y la señora Smith no paraba de pensar en lo sucedido ya que no le encajaba nada bien. Cuando se estaba marchando todos, la señora Smith reconoció aquella amiga de Sophie, Karen y se acercó a ella para pedirle su número. En aquella misma tarde Johns apareció con una maleta y Sophie a su lado, la señora Smith no tolero eso y pidió a Johns hablar con él, Johns le dijo que ella estaba en un momento muy crítico y necesitaba a alguien que le consolase.

Al día siguiente la señora Smith fue a visitar a Karen amiga de Sophie, esta le contó que lleva siendo amiga de Sophie desde muy pequeñas y que Sophie era muy posesiva y llegaba hacer locuras solo para conseguir lo que quiere, también tenía problemas mentales muy graves. También le contó sobre el asesinato del padre de Sophie porque la policía estaba buscándola.

La señora Smith al enterarse de esto decidió contactar con su hijo para contarle, pero su hijo Johns no le contestaba el teléfono, llego a casa rápidamente y busco a su esposo no estaba decidió llamarlo, pero de pronto escucho pasos desde atrás. La señora Smith se esperaba lo peor de ella y definitivamente ella quería asesinar a la señora Smith, pero esta se escapó de ella y se encero en una habitación, Sophie golpeaba la puerta de la habitación con fuerza, pero nada servía. De repente ya no se escuchaban más golpes y la señora Smith decidió salir y no la veía por ninguna parte de repente alguien le dio un golpe por detrás que la dejo inconsciente. Rato después al despertarse vio que estaba en el sótano de su casa y corrió hacia la puerta a dar golpes fuertes parecía que nadie la escuchaba. Porque el sótano solía estar un poco más alejado de las demás habitaciones.

Por otra parte, llego el el señor Smith preguntó por su esposa y Sophie le dijo que no sabía dónde estaba la llamó por teléfono, pero no recibía la llamada. Su esposo empezó a preocuparse y llamo a su hijo, Johns busco a su madre por todas partes y no la encontró. Decidieron intervenir con la policía, pasaron los días y siguieron sin encontrar a la señora Smith.

Mientras Sophie bajo al sótano con la intención de matar a la señora Smith, esta no podía gritar ni pedir ayuda ya que no recibía ni agua ni comida desde hace días, pero de repente llego Johns y al no encontrar a Sophie estuvo buscándola y vio la puerta del sótano abierta se asomó y sus ojos no podrían creer lo que veían su pareja mato a su propia madre.

KHADIEGA GHAZANFAR

LA DAMA BLANCA

Solo quedan unos minutos, unos minutos y podré salir. Puedo recordar que fue lo que me llevó a todo esto como si hubiese sucedido aquel mismo día. Recuerdo su cara, estaba enfadado, estaba dolido. «¿Cómo pudiste hacerme esto, Margarita?» Preguntaba entre golpe y golpe. «¿qué tiene él que no te haya dado yo?» Recuerdo preferir callar y no recordarle el poco amor que quedaba en nuestro matrimonio.

Recuerdo que paró. Recuerdo que a por el mayordomo. No pude hacer nada para evitarlo, estaba atada de pies y manos, al igual que mi verdadero amor. Diego, mi marido, golpeó al mayordomo hasta que aquella impecable camisa blanca estuvo cubierta por sangre, sangre que brotaba de su nariz, de la herida de su ceja, del corte de su labio. No paraba de gritar, de suplicarle que lo dejase en paz, pero era inútil, Diego no escuchaba.

Paró y salió de la habitación, pensé que atendería a mis suplicas, que se daría cuenta de la locura que estaba cometiendo. «Te quiero» aprovechó a decir mi mayordomo, «yo también» respondí con la vana esperanza de aquello hubiese acabado.

Pasaron las horas, Diego no volvía. El palacio estaba vacío, los empleados tenían día libre, no quería que nadie presenciase tan terrible escenario. El mayordomo se acercó a mí para desatarme, luego lo liberé a él. Él apenas podía andar, lo saqué de esa habitación para llevarlo a una limpia. Le pedí que esperase y fui a buscar un paño y un cuenco, que llené de agua, mientras el cuenco se llenaba me miré al espejo que había al lado de aquel lavabo. Mi tez, ya de por si blanca, había palidecido notablemente, una sombra morada había empezado a cubrir mi ojo derecho y las gotas de sangre que caían de la herida de mi sien se mezclaban con las lágrimas de mis ojos.

Ya había anochecido, la casa estaba oscura, hacía frío. Encendí una vela, pero tal era la oscuridad que tan solo alumbraba todo aquello que estuviese a poco más de un metro a su alrededor, de forma que sentía estar encerrada dentro de una caja gigante de paredes negras, sin puertas ni ventanas. El silencio era sepulcral, espeso, palpable, envolvía cada rincón de la casa, podía imaginarlo alrededor de cada esquina, mueble o cuadro, estaba en todas partes, pero a la vez no estaba en ninguna.

Subí las escaleras lentamente, peldaño a peldaño, cada uno crujía bajo mi peso, rasgando ese ensordecedor silencio. Logré convencerme de que la casa estaba vacía, que el mayordomo y yo éramos los únicos allí presentes. Oí un ruido fuerte, una puerta se había

cerrado, el cuenco se me escurrió de las manos y cayó al suelo, derramando todo el agua que contenía. Miré a mi alrededor, pero solo veía la oscuridad que la vela no llegaba a alumbrar. No me moví, ni siquiera respiré.

No volví a escuchar ningún ruido, así que pensé que había sido imaginación mía, una mala jugada de mi mente. Cogí el paño del suelo, pero dejé ahí el cuenco, no me atrevía a bajar de nuevo para llenarlo. Subí un escalón con la sensación de que había alguien observándome. Subí otro. La sensación era la misma. Una ráfaga de aire frío recorrió la habitación y la vela que sostenía en la mano se apagó, dejándome totalmente a oscuras. El miedo me paralizó, no oía nada, pero sabía que mi marido estaba allí, podía sentir como se acercaba y, cuando menos me lo esperaba, sentí su aliento en mi nuca, su voz susurrando en mi oído, «¿pensabas qué te librarías de mí?»

Algo frío impactó en mi espalda, haciéndome caer. Una mano me agarró del pelo y me arrastró escaleras arriba. No podía parar de suplicarle que me escuchase, pero no atendía a razones. La escasa luz de las antorchas del piso superior me permitía vez el odio y la ira que dominaban en sus ojos. Ya no era mi marido.

Me arrojó al suelo y entró en la habitación. «¿Dónde está él?» gritó mientras salía. Recorrió una a una todas las habitaciones de aquel piso, pero el mayordomo no apareció. Intenté, sin éxito, explicarle que no sabía dónde estaba. Pensé que volvería a golpearme, pero en vez de eso sacó de su chaqueta algo largo y, ante la escasa luz de una antorcha que colgaba de la pared, reluciente.

Se acercó a mí lentamente, podía ver en su rostro que saboreaba de mi miedo, siempre fue así, siempre disfrutó con el sufrimiento ajeno. Entonces alguien se abalanzó sobre él. «Corre», gritó el mayordomo mientras peleaba con mi marido.

Aquella pelea bloqueaba el único pasillo que daba a las escaleras y mi mente solo pensó un lugar donde alguien podría escuchar mis gritos de auxilio: el torreón. Subí allí, donde las heladas ráfagas del viento de enero se manifestaban como agujas clavadas en la piel. No tenía salida, pero podía gritar con todas mis fuerzas con la esperanza de que algún vecino me oyese, podía gritar pensando que el mar, que tantas veces había contemplado feliz desde aquel mismo lugar, no sería el único testigo de mi desgracia.

La puerta del torreón se cerró. Intenté abrirla. Estaba cerrada con llave. Aquel silencio sepulcral volvió a envolverme, tuve miedo de romperlo. Aquella aparente tranquilidad no podía ser otra cosa que la calma que precede a una tormenta, una tormenta que llegaría minutos más tarde en forma humana, en forma de dolor, de tortura, de sufrimiento, una tormenta que se llevaría todo lo que tuviese por delante

Fue un grito el que rompió el silencio, provenía del otro torreón del palacio. Miré hacia allí asustada y vi como Diego le había clavado un cuchillo en el brazo a mi mayordomo. Grité de desesperación, mezclando mis gritos con los de mi amado. Vi como mi marido sacaba aquel cuchillo; como lo acercaba a la mano del mayordomo; como cortaba sus dedos uno a uno; como me los lanzaba; vi cómo le sacaba los ojos y los tiraba al mar; como le cortaba la lengua; vi como Diego sustituía el cuchillo por un hacha; vi como lo descuartizaba; vi como moría.

Las lágrimas salían a cascadas de mis ojos, lloraba de impotencia, impotencia de ver y oír sufrir a las única persona que me había querido. Ya no pedía que todo parase, solo suplicaba que aquello terminara cuanto antes. Sus gritos cesaron. Él había muerto.

La puerta del torreón en el que yo me encontraba se abrió. Apareció Diego. «Por favor», supliqué de rodillas. «Tú me has obligado a hacerlo», respondió, «esto es por tu culpa». Me golpeó con algo frío que provocó un corte en mi mejilla, el dolor se propagó por todo mi rostro, pero no era nada comparado al que había sentido viendo como perdía a mi mayordomo. No puse resistencia, los golpes y las cuchilladas se sucedían unas a otras. El dolor físico se propagaba, a él le daba igual. Siguió, siguió hasta que mi sangre tiñó de rojo el suelo, hasta que mi cuerpo no dio más de sí y perdí el conocimiento.

Recuerdo como mi alma abandonaba mi cuerpo, recuerdo que pensé que ascendería al cielo, recuerdo la confusión cuando me quedé allí, sin saber a donde ir. Recuerdo ver como Diego abría la pared del torreón, como metía dentro mi cuerpo sin vida y como cerraba el agujero.

Ahora mi palacio es algo a lo que llaman hotel. Dan las doce en punto, es noche de luna llena. Ahora mi alma es visible para aquellos que siguen en vida. Veo unos niños jugando, se acercan al torreón. Salgo, solo quiero decirles donde está mi cuerpo, pero se asustan. Huyen, no vuelven, y yo sigo aquí. Pasa la hora, me vuelvo invisible, tengo que esperar a la siguiente luna llena. Este en mi bucle, todos los meses, los años, son iguales. Ahora sé que esa es mi condena, siempre fue esa, sufrir por no ser escuchada.

AITANA GUTIÉRREZ

EL CICLO INTERMINABLE

Como cada 1 de agosto, mis amigos y yo cogimos el tren que nos llevaría a pasar el mejor mes del verano. Este año era especial, cumplía 18 años y quería que fuera inolvidable. Tras mucho hablarlo, decidimos alquilar una casa rural en un pueblo perdido entre montañas. Nerea, Héctor, Sara, Claudia y yo estábamos felices de vernos de nuevo después de un año entero. Cuando llegamos a la casa, se cumplieron todas nuestras expectativas, era una casa enorme, de piedra gris y con un aire antiguo, las paredes estaban decoradas con cuadros de paisajes de esa zona, retratos y los muebles eran de madera. Era la casa perfecta para nosotros. Hicimos una visita por toda la casa, acordamos donde dormiría cada uno, dejamos las maletas y nos fuimos a cenar al salón todos juntos. A la mañana siguiente, decidimos ir a visitar el pueblo que estaba a unos 15 minutos andando. Era pequeño, tranquilo, con calles estrechas y casas de piedra. Lo que más nos llamó la atención fue el mercadillo que había en la plaza. Fuimos a ver si encontrábamos algo para llevarnos de recuerdo, vimos puestos que vendían pan casero, frutas, joyas artesanales, y ropa antigua. Algo nos llamó la atención y es que, en una esquina del mercadillo, apartado de todo, había un puesto extraño, este tenía muñecas rotas, relojes que no marcaban la hora y algo que destacaba entre todo: una caja de madera, con letras extrañas en la tapa. En ella decía, casi borrado, "solo para valientes". Mirad esto dijo Nerea, levantando la caja con curiosidad.

El vendedor, un anciano con ojos oscuros, y piel pálida nos observaba en silencio.

Es un juego para aquellos que buscan algo más que diversión dijo, con una voz casi inexistente. Pero, deben terminarlo siempre. Héctor, el más atrevido de todos nosotros, insistió en comprarlo. El precio era de tan solo 1 euro, casi como si el hombre quisiera deshacerse de él. Esa misma noche, después de cenar, decidimos abrir el juego, la idea de jugar a algo diferente nos emocionó. Apagamos las luces y dejamos una lámpara encendida para dar más emoción al juego. Cuando abrimos la caja, el interior tenía un tablero de madera oscuro, con casillas negras y rojas, y símbolos extraños. En el centro había un dado dibujado con símbolos en lugar de números, además había figuras de madera hechas a mano que representaban figuras humanas. La hoja de instrucciones era muy breve, tan solo decía: "Tira el dado, avanza tu ficha, y haz lo que diga la carta. Sólo así se cerrará el ciclo". Me tocó empezar, ya que era mi cumpleaños y, aunque tenía un mal presentimiento, decidí seguir. Tiré el dado, avancé a una casilla negra, y saqué la primera carta. Esta decía: "El líder afrontará una sombra de su pasado." Nos reímos, aunque algo en la frase me hizo ponerme muy nervioso. Cuando me levanté para cerrar la ventana, la lámpara parpadeó, y en la pared

vi una sombra. Era alta, con un sombrero, y se movía de manera extraña. De un momento a otro, me dio la sensación de que el aire se volvió más denso y pesado. ¿qué pasa?, me preguntó Nerea al notar mi expresión. Nada, dije, aunque al momento reconocí la figura, era mi antiguo vecino, un señor mayor que solía observarme cuando era pequeño, que siempre me había dado miedo. Seguramente sea el reflejo de la lámpara dijo Héctor, intentando no darle mucha importancia. Pero yo no podía dejar de mirarlo. Pasamos al turno de Héctor, tiró el dado y avanzó a una casilla roja. Al sacar la carta, leyó en voz alta: "Pierde algo valioso." Al principio a todos nos hizo gracia, pero Héctor se levantó y vio que le faltaba la cartera.

¿Dónde está mi cartera? preguntó, mirándonos a nosotros. Nos volvimos a reír durante un rato hasta que nos dimos cuenta de que de verdad no la tenía, así que comenzamos a buscarla. Estaba en el suelo, a unos pocos metros de la mesa, la abrió y vio que la foto familiar que llevaba siempre en ella estaba rota en pedazos. Héctor se quedó mirando la foto rota, sin ser capaz de entender qué había pasado. Algo estaba mal. Sara, tratando que nos calináramos, lanzó el dado y leyó en alto: "No volverás a verte igual." A los instantes se acercó al espejo para mirarse y gritó. Sus ojos se habían vuelto grises. No sabíamos que había pasado, pero sabíamos que algo andaba mal, desesperados y muy nerviosos, intentamos salir de la casa, pero las puertas no se abrían, desde las ventanas ya no se veía el bosque, todo había desaparecido, fuera solo se veía niebla y además todo estaba más oscuro de lo normal, la sensación de claustrofobia se apoderó de todos nosotros. El tablero vibró, todos nos acercamos corriendo asustados y vimos un mensaje en el centro escrito en letras rojas que decía: "El que intenta huir paga el que más.". Héctor intentó forzar una ventana, unos segundos después su ficha se rompió por la mitad y se cayó al suelo, él a los instantes se cayó al suelo, al lado de su ficha y empezó a sangrar de los oídos. Los demás intentamos despertarlo, pero su cuerpo estaba frío. No respondía. Estaba muerto. El ambiente y la tensión se volvieron insoportables. Claudia sacó una carta que decía: "Tus miedos acabarán." Nos miró, estaba temblando. La escuchamos gritar y pedir ayuda y luego, durante varios minutos, se quedó quieta, mirando a la nada, hasta que su rostro, que en ese momento estaba pálido, nos volvió a mirar. Nerea, que hasta ese momento había estado callada, finalmente tiró el dado. La ficha avanzó a una casilla roja, y al sacar la carta, leyó en voz baja: "una derrota acabara el juego." Todos nos quedamos en silencio, procesando lo que acababa de decir. Nadie dijo nada. Entonces, Nerea nos miró a todos, y entendí lo que eso significaba: solo si alguien se sacrificará el resto se salvarían. Me levanté lentamente, cogí mi ficha y la moví al centro del tablero. Empecé a ver todo negro con puntos, y a los segundos noté como me caía al suelo.

Desperté en la casa. Todo parecía normal, ya no había toda oscuridad la niebla había desaparecido. Me asomé a la ventana para observar y vi a mis amigos en el mercadillo, exactamente como el día anterior, riendo, caminando y me dio la sensación de que no sabían nada de lo que había sucedido. Quise llamarles, pero algo me detuvo. Al mirarme las manos, vi que eran más pequeñas, me miré en el espejo. Ahí estaba yo. Había vuelto al comienzo, como si todo lo que había vivido no hubiera pasado. Desde el mercadillo, el vendedor me observaba, sonriendo con la misma sonrisa de ayer. La sensación de estar atrapado me recorrió, y supe, que no podía escapar. El ciclo comenzaba de nuevo.

AMBER FERNÁNDEZ

ITINERARIO ESPACIAL

Un buen día, en algún lugar de la Tierra, se lleva a cabo uno de los acontecimientos más importantes y esperados de la historia moderna de la humanidad: la primera misión interplanetaria con destino a Marte. Millones, miles de millones de personas están expectantes ante el despegue del Sistema Interplanetario - Lanzador Súper Pesado, científicamente llamado Sistema I-LSP. La colaboración de miles de investigadores e ingenieros ha hecho posible este momento. Sin embargo, aunque los cálculos sean precisos y optimistas, jamás se ha puesto en práctica una hazaña de tal magnitud.

Tres almas humanas habitan la nave: Nicolás Armstrong, capitán jefe y piloto, conocido como "Nic", revisa los sistemas desde su butaca de mando. Mentaliza a su equipo, recordando las indicaciones del manual de vuelo.

- Compañeras, esta misión es crucial para el progreso de nuestra sociedad. Es un gran paso para nosotros, pero un monumental salto para lo que representamos, la humanidad.

Valentina Pavlov, ingeniera jefa, conocida como "Tina", asiente con orgullo, compartiendo el mismo pensamiento.

Laura Sanz, científica especializada, cuyo nombre en clave es "Sanz", observa fascinada las vistas desde la cabina.

- Árboles, agua, arena, nubes, cielo... Tierra. Inmaculada, virtuosa e inocente Tierra, hogar de tantos deseos. Ahora damos el siguiente paso... -susurra.

La cuenta regresiva inicia. Las alarmas resuenan por todo el mundo. 10 segundos... 9... 8... los motores se encienden con éxito. 5... 4... los sistemas de maniobrabilidad aerodinámica responden óptimamente. 2... 1... el cohete se libera de su unión terrestre y se eleva con elegante lentitud.

- ¡Despegue! -confirman desde la torre de lanzamiento.

La nave asciende, superando la fuerza gravitatoria. Los sistemas se ajustan mientras los tripulantes sienten el cambio de ambiente.

- ¡Máximo estrés aerodinámico superado! -informa Nic-. ¡Estamos en el espacio!

Valentina confirma la activación de los motores nucleares que impulsarán la nave hacia Marte. Todo avanza según lo previsto.

- ¡Maravilloso! -exclama Sanz, impresionada por la estabilidad de la misión.

- Mantengamos la concentración en nuestra supervivencia. Esto no ha terminado -advierte Armstrong.

La nave finalmente se propulsa hacia el planeta rojo, dejando una estela azulada visible desde la Tierra. En el interior, los astronautas se preparan para la larga travesía de dos años.

– Despliegue de paneles solares... sistemas de habitabilidad... ¡hecho! –afirma Tina.

– Humanidad, nos espera una larga travesía a través del infinito espacio. Estamos kilómetros más cerca de hacer historia –anima el piloto.

Día tras día, la misión mantiene un ritmo nominal. Pasan meses sin incidentes graves, sorprendiendo a todos con la eficacia del sistema.

247 días después del despegue, la tripulación sigue su rutina. Valentina se dispone a realizar una inspección en el exterior. Ajusta su traje y sale para verificar las condiciones de la cápsula. Descubre un problema menor: las soldaduras de presurización están descolocándose lentamente.

– Nada grave... aún –anota en su registro antes de regresar por sus herramientas.

Minutos después, una vibración recorre la nave. Desde el interior, Nic y Sanz observan cómo una fisura se extiende por el sector de alimentación. Valentina intenta comunicarse, pero la estática inunda el canal.

– Nic... algo no está bien. –La voz de Tina se distorsiona.

– ¡Regrese ahora mismo! –ordena Nic, pero la transmisión se corta.

De repente, la cápsula exterior cede. La estructura, debilitada por microfisuras invisibles, se desprende parcialmente. Valentina flota en el vacío, atrapada entre cables sueltos.

– ¡Tina! ¡Responde! –grita Nic, pero solo recibe silencio.

Laura intenta restaurar la comunicación, pero la pérdida de presión se extiende al compartimento principal.

– ¡Perdemos oxígeno! –advierde Sanz, mientras activa los sistemas de emergencia.

– Despresurización crítica en el módulo. Sellado automático fallido... –anuncia el ordenador de a bordo.

Nic, con el rostro pálido, intenta maniobrar manualmente el cierre de emergencia, pero la nave comienza a girar fuera de control. Provocando una reacción en cadena.

Valentina, aún consciente, observa cómo la nave se aleja rápidamente, una imagen que sabe será la última que verá.

– Perdonadme... –susurra antes de desaparecer en la oscuridad.

Dentro de la nave, Nic y Sanz se enfrentan a la inminente realidad. El oxígeno se agota, y las alarmas no cesan y se encuentran a meses de la tierra.

– Laura, si esto es el final... –Nic apenas puede hablar.

– Fue un honor, Capitán –responde Sanz, mientras sus ojos reflejan tanto miedo como resignación.

La última transmisión que llega a la Tierra es una voz entrecortada:

– Aquí... Sistema I-LSP... la misión... no...

Después, solo el silencio. El mundo entero queda sumido en la incertidumbre y el dolor, recordando que incluso el paso más grande para la humanidad puede resultar en el más trágico.

WILLIAM SAMUEL LEÓN SOTO

SALLY SCREAM

El pueblo era pequeño, constaba de tan solo 50 habitantes, entre ellos mis amigos y yo. Estábamos jugando al voleibol como solemos hacer habitualmente, pero, por desgracia tenían que aparecer ellos, ese grupo, siempre nos venían a molestar y a colarnos el balón. Estábamos hartos, ya no podíamos aguantar más. Así que me los cargué y desaparecieron para siempre.

Hola soy Sara, tengo 17 años y hoy os vengo a contar mi historia de como acabé con mi sufrimiento. Vivo en un pueblo llamado Villamediana, en las afueras de la ciudad, muy poca gente lo conoce ya que solo vivimos muy pocas personas. Yo tengo un pequeño grupo de amigos, Diana, mi mejor amiga; Carlos, mi mejor amigo y Pablo es casi un hermano para mí y estaba muy enamorada de él, con ellos me divierto un montón, siempre pasamos la tarde jugando o metiéndonos en el bosque a jugar al escondite. Es muy divertido pasar el tiempo con ellos, no me aburro en absoluto. Hace un par de años cuando tenía 14, esa felicidad que tenía cambió por completo, un grupo un poco más mayores que yo apareció y nos empezaron a pegar, a insultar, y así continuamente todos los días, era una pesadilla. Así sufrí por lo menos durante tres años, día tras día. Hace un par de meses, antes de cumplir los 17, empecé a sufrir graves ataques de ansiedad y volverme loca por ese sufrimiento, me llevaron a psicólogos, psiquiatras, pero nada, no podían tratar conmigo. Empeoraba. Yo ya no podía aguantar más este sufrimiento, no me podía permitir seguir así, me volvía loca. Ahí empezó todo.

- ¿Diana?

- Si dime, ¿Qué pasa?

- ¿Puedes venir al bosque a las 23 sola? Necesito hablar.

- Si claro, allí te veo.

Ya casi son las 23 debo ir ya, lo siento Diana por todo, te quiero un montón, pero voy a acabar con todos.

-Hola Sally, dime ¿de que necesitas hablar?

-Lo siento Diana, no quería hacer esto

-Sally ¡NO!

Acabe, no puede ser -llorando- lo siento Diana, no quería, mi mejor amiga. Voy a acabar con todos, se acabó ya este sufrimiento.

Pasó el día y yo seguía aun sin procesar que acababa de hacer, había matado a mi mejor amiga, ¿qué sería lo siguiente?, yo ya me estaba comportando como una loca, a pesar de haber sufrido por matar a mi mejor amiga, tenía ansias de seguir matando a más gente, acabar con la vida de todos, no tener que volver a sufrir. Quedé con mis amigos como de costumbre, pero esta vez, fue todo diferente, cogí el cuchillo que llevaba en la mochila y se lo clave en el cuello a Carlos, estaba riéndome, parecía una loca. Pablo se asustó y salió corriendo, alejándose de mí, en ese momento, cuando Pablo huyo aparecieron ellos. Me abalancé encima y empecé a meterles cuchilladas hasta el fondo, dejándoles intactos, cada vez estaba más loca, me reía sola. Me gustaba mucho esta sensación que sentía.

Pasaron los días y acabe con todo el pueblo entero... menos yo. Los alrededores empezaron a rumorear cosas, preguntarse ¿porque la gente moría?, ¿qué era lo que pasaba allí?, pero nadie se atrevió a acercarse, tenían miedo de morir. Al cabo de unos cuantos días se publicó en redes sociales sobre una nueva asesina, esa era yo, Sally la asesina, más conocida como Sally Scream. Me encanta ese nombre que me pusieron. Bueno, yo ya me aburro de seguir aquí, sola, en este pueblucho. Ya no sé qué hacer, no tengo amigos, ni familia, nada, no tengo nada. Quizás la cosa se cree que acaba aquí, pero no, las muertes seguirán en el siguiente pueblo, todo por la justicia, no quiero que nadie acabe como yo.

SARA REDONDO

VERANO INOLVIDABLE

Hola soy Adriana y os voy a explicar uno de los peores veranos de mi vida. Era 21 de junio y mis amigos y yo por fin nos graduábamos de bachillerato, después de tanto sufrimiento y tanto estrés. Así que para celebrarlo decidimos ir a la calle Laurel, después de tantas risas y cervezas mi amigo Sergio propuso un brindis diciendo aquellas palabras " A POR EL MEJOR VERANO DE NUESTRAS VIDAS CHAVALES " y brindamos sin saber que esas palabras cambiarían con el paso del tiempo. Fueron pasando los días y los días, era 16 de julio me levante a las 10 de la mañana porque había quedado con mi tía para dar un paseo por el centro comercial, más levantarme hice como siempre salude a mis perros y a mi padre, me prepare mi famoso café y mientras que mi café se preparaba en la cafetera vieja de mi abuela me metí en el grupo de WhatsApp que tenía con mis amigos para mirar que planes proponían para la tarde, pero ese día mi amigo Pablo propuso un plan muy diferente. Propuso ir durante una semana a una casa rural a un pequeño pueblo de La Rioja llamado Anguiano lo que me sorprendía porque ese nombre me sonaba, pero no sabía porque así que decidí preguntarle a mi padre, lo que me respondió que ese pueblo era donde mis abuelos tenían una huerta donde íbamos todos los veranos y donde cada julio y septiembre subíamos a ver la famosa danza de Anguiano, aunque después de que mis abuelos murieran mi familia decidió no subir más porque les recordaba a ellos. Así que decidí decir que, si al plan de Pablo porque así podía visitar la huerta de mis abuelos y recordar buenos momentos, escribí por el grupo proponiendo ir a ver la danza ya que íbamos a la casa rural la misma semana de las fiestas y de la danza a lo que todos dijeron que si. Al día siguiente me levante pronto y me preparé la maleta y todo lo que necesitaba, cuando termine de preparar todo sonó mi móvil y cuando fui a mirar quién era vi que era Raúl mi amigo de la infancia le cogí y me dijo que estaban abajo que bajara, así que cogí todo me despedí de mi padre y mis perros y bajé. Cuando baje ahí estaban todos chillándome de la emoción yo me reí, deje las cosas en el maletero y me subí al coche donde iban Sergio, Raúl y Inés atrás y Pablo y yo adelante. Después de 40 min de música, karaoke, juegos y risas llegamos a ese pequeño pero bonito pueblo, mientras que pablo conducía y los tres del asiento de atrás discutían yo me fijaba en cada bar, cada coche, cada persona y cada calle porque me hacían recordar momentos con mi familia.

Como llegamos 30 min antes de la hora que teníamos que estar en la casa rural decidimos ir a desayunar al primer bar que vimos, al entrar todos pedimos lo que queríamos y fuimos a la fresca terraza, yo estaba súper agusto y feliz, pero había algo que me llamaba la atención y era una niña como de 12 años mirándome fijamente y sonriendo yo a lo que respondí saludando, pero salió corriendo, lo que me dejó pensando durante varios minutos, pero Raúl notó mi preocupación y me preguntó si estaba bien o necesitaba hablar yo le dije que estaba bien solo estaba pensando en cómo sería la casa rural, él me dijo que bien y que cualquier cosa ahí estaba, me conoce tan bien que sabía que algo me tenía confusa y distraída. Decidí proponer ir ya a la casa rural así podía irme de aquel bar y poder dormir hasta la hora de comer. Nos volvimos a montar en los coches en los mismos asientos que antes, durante los 10 min que había del pueblo hasta la casa decidí mirar el monte, las casas, los puentes, los animales, pero sentí un golpe en mi hombro y sabía que era Pablo porque como no los tres del asiento de atrás estaban discutiendo, él me preguntó que si había visto o escuchado algo en el bar yo le respondí que no que estaba bien solo que tenía sueño, me miró con esa mirada que no hace falta palabras para saber lo que me quería decir y era que sabía que no estaba bien así que suspire y decidí contarle todo, contarle que esa niña, esa sonrisa, esos ruidos del bar lo tenía como retumbando en mi cabeza él me dio la mano y me dijo que todo estaba bien, de repente los tres de atrás se callaron y nos miramos y rápidamente solté su mano y me gire a mirar por la ventana con una sonrisa. Por fin llegamos a la casa porque no podía más con Raúl riéndose y chinchándome, así que lo primero que hice fue coger mi maleta e ir a recepción, después de 4-6 min nos dieron nuestras llaves y nos dividimos las habitaciones y como no me tocó con Pablo. Subí dejé la maleta miré las maravillosas vistas que tenía desde mi habitación escuché pasos y decidí meterme en la cama por si era mi compañero de habitación, pero resultó ser Raúl y Inés les pregunté que querían y me empezaron a reír, yo sabía perfectamente lo que me iban a decir así que suspiré y me fui a dormir, ellos se tumbaron y se pusieron a ver una película o eso recuerdo, porque cuando desperté solo vi la tele apagada y a Pablo tumbado a mi lado dormido. Me levanté me duché, al salir del baño desperté a Pablo, pero de repente sonó un golpe en mi puerta como Pablo estaba dormido no tenía más elección que ir yo y al abrir no había nadie solo una nota debajo de mis pies, fui corriendo a despertar a Pablo y decidimos leerla juntos.

Al terminar la nota nos miramos porque no creíamos lo que ponía en esa carta que básicamente decía que por fin volvía a este pueblo, que había crecido y que estaba más guapa pero que me iban a arruinar la vida e iban a ir mirando cada movimiento que hacía hasta el último movimiento que haría, yo me asusté mucho no quería ni bajar a comer, pero derrepente volvió a sonar un golpe en la puerta esta vez fue Pablo y no había nada de nada ni una carta así que Pablo decidió cerrar pero había algo que lo impidió era una rodilla que impedía que Pablo cerraría la puerta . Pablo abrió la puerta del todo y eran Ines , Raúl y todos los demás riéndose y diciendo que se había quedado blanco, Pablo les dijo que no tenía ninguna gracia ni su broma ni su carta a lo que todos se quedaron callados diciendo que ellos no habían escrito nada, y Pablo y yo no les creíamos porque podía seguir siendo parte de su broma hasta que ellos nos demostraron que no habían sido ellos ahí sí que empezó mi preocupación, pero hice como si nada y propuse con una sonrisa ir a comer todos dudaron pero al final decidimos bajar a comer un poco y luego hablar del tema .

En el restaurante de la casa tampoco había cosas que harían sospechar cuando de un momento a otro me tocaron por atrás lo que me hizo asustarme, pero al girarme vi que era Sergio el gracioso del grupo cogí de je la comida y decidí irme a dar un paseo y desconectar, pero Pablo no me dejaba irme sola así que tuve que aceptar ir con el. Al principio era incómodo porque no sabíamos de qué hablar así que decidí romperlo el silencio con la frase "estoy preocupada quién me quiere vigilar y si me quieren matar" el me intentó tranquilizar y me hizo pensar en si alguien de cuando subía con mi familia había pasado algo o había tenido problemas con alguien, alguna vieja amistad o algún vejo amor de niños yo dije que no y que nunca había tenido problemas con nadie y menos para querer matarme. Pablo intentó cambiar de tema, pero yo y mi cabeza no podíamos de un momento a otro pablo me paro y me dijo que todo iba a estar bien y que nunca dejaría que me pasara nada, le sonreí le di las gracias y volvimos a la casa. Más entrar estaban todos en la recepción y les propuse ir a ver la danza de Anguiano que tanto me gustaba de pequeña por lo que me dijo mi padre, todos dijeron que si, cada uno subió a su habitación a cambiarse porque acordamos que en 20 min todos abajo y quien llegaría tarde tendría multa. Estuvimos durante toda la tarde por Anguiano y vimos la danza y la verdad que fue una experiencia maravillosa y me sentía muy feliz por compartir con mis amigos mis recuerdos y que ellos puedan tener esto entre los suyos, pero esa felicidad iba a cambiar después de esa noche.

Era la típica noche de verano de estar todos reunidos en un porche hasta que un grito nos alertó a todos, subimos lo más rápido que pudimos, pero parecía tarde porque una de nuestro grupo estaba tirada llena de sangre en mitad del pasillo intentamos ayudarla, pero era demasiado tarde y al mirar para los lado vi que ni Pablo ni Sergio estaban llegaban 4 min más tarde que nosotros y eso me hizo sospechar y no poder dormir durante toda noche preguntándome " se pensaba que era yo y por eso la ha matado " " porque ella si no había echo nada " así durante toda la noche hasta que amaneció pero no amaneció como siempre era una sedación extraña y al asomarme vi sangre y varios animales asesinados yo decidí coger mis cosas e irme lejos y huir de quien quiera verme sufrir , pero lo extraño que solo era raro por las noches y por las mañanas porque todas las mañanas aparecían animales muertos así que casi unas de las últimas noches decidí quedarme despierta y ver si pasaba algo raro , sobre las 3 de la mañana Pablo miró a ver si estaba despierta y al creer que decidió irse y al yo oír el sonido de la puerta decidí mirar por la ventana por si era él quien mataba los animales pero para mi sorpresa sonó la puerta y aunque estaría asustada y mi cuerpo no quería yo creo que era lo mejor . Abrí la puerta y era Inés así que suspiré de alivio y le dejé pasar, decidí contarle todo ella me cortó y y se fue al baño le dije que sí que le esperaba, pero derrepente sale mirándome fijamente y riéndose aquellas palabras que nunca se me van a olvidar "ay, Adriana, creo que llegó tu último movimiento " me quedé blanca y le pregunté que porque a lo que me respondió " porque cuando acabé contigo por fin Pablo se fijara en mí, me perdiera salir y ya no serás una molestia entre Pablo y yo " solo me salía chillar , gritándole " pensaba que eras mi amiga y que podía confiar en ti " ella me dijo " yo que tú me sentiría culpable porque por tu culpa tu amiga está muerta , porque pensé que eras tú , porque para que le dejaste tu pijama " yo me quedé sin palabras solo me salía hacer el código morse en la pared que solo Raúl y yo entendíamos así que aproveche que Raúl dormía en la habitación de al lado y yo sabía que raí hasta las 4 no se dormía porque era cuando terminada su serie favorita . Hice el código morse y sabía que Raúl lo había pillado porque escuche sus pasos, lo único que me quedaba era entretener a Inés hasta que Raúl vendría que con los demás, lo primero que se me ocurrió fue decirle "¿y porque matas animales?" ella me dijo " esos animales yo no los mato la mata el dueño de la casa rural porque así puede cocinar, ¿con qué crees que maté a tu amiguita? y mejor pregunta ¿con que crees que te voy a matar a ti? " pero justo escucho "tú no vas a matar a nadie y menos a ella " eran Raúl, Pablo y todos los del grupo que entre todos la cogieron y se la llevaron para llamar a la policía yo me quedé con Raúl y Pablo, Raúl solo me abrazó y me dejó sola con Pablo.

Pablo me preguntó si me había echo algo y si estaba bien y yo solo le pregunté que donde se había ido él me respondió que todas las noches se iba a las 3 de la mañana con Sergio abajo al porche porque quería pedirme salir, pero no sabía como, a mi solo me salió abrazarlo y llorar con el. Después de eso volvimos al pueblo, Pablo y yo empezamos a salir, Raúl no dejaba de ponerse en medio a molestar, pero eso no quita quecada noche sueñe con esa noche y me ponga a pensar que hubiera pasado si no hubieran venido mis amigos, pero supongo que eso es pasado y toca pensar en el futuro.

ELSA HERCE

SOLA

Mis amigas tenían razón. No tendría que haber vuelto sola a casa. Irónicamente, en la oscuridad de la noche lo veo más claro que en las luces de la discoteca. No estoy acostumbrada a volver sola de noche. Por eso no me he traído el spray de pimienta que me regaló mi madre. Por suerte solo quedan unas cuatro manzanas hasta mi casa. No tengo motivos para preocuparme. Pero mi respiración se acelera cuando comienzo a oír pasos detrás de mí. Acelero la marcha y meto mi mano en el bolsillo, agarrando mi teléfono móvil. No sé si me servirá de algo, pero es lo único que tengo que pueda utilizar. Consigo armarme de valor y giro la cabeza hacia atrás para ver a mi persecutor. Nada. No hay nadie detrás de mí. Ya no se oye ningún paso. Me río nerviosamente pensando en mi paranoia y reanudo la marcha. Seguramente serían mis propios pasos.

En esta calle poco iluminada el cielo está precioso. Puedo ver todas las estrellas y la Vía Láctea. Tampoco conozco muchas constelaciones, pero me entretiene buscar formas en el firmamento. Desgraciadamente las estrellas no son los únicos haces de luz que me acompañan; el ruido de un motor me informa de que un coche se aproxima lentamente hacia mí. Al alcanzarme frena hasta alcanzar la velocidad a la que ando, como para acompañarme. Los pasajeros - un par de hombres de unos 20-22 años - se ofrecen a llevarme a casa, con la premisa de que es peligroso que una "niña" como yo ande sola a estas horas de la noche. Niego la cabeza para rechazar su invitación, acompañándolo de una tímida sonrisa. Aún con mi actitud tranquila y calmada, estoy aterrorizada. Mi corazón late a una velocidad que podría considerarse arrítmica y, aunque ellos no lo vean, debajo de mi sudadera mis manos tiemblan de miedo. A pesar de mi respuesta, ellos no abandonan su misión, no hasta que les digo que mi madre está esperándome en la calle contigua. El conductor sube la ventanilla y da la vuelta, para mi alivio.

Decido tomar la salida, aunque el camino sea más largo, solo por si me estuvieran vigilando desde atrás, para que no se note que les acabo de mentir en la cara. Al perderlos de vista me siento mucho más tranquila. Sin embargo, a los pocos metros de esta nueva calle, veo el mismo coche acercándose por delante, a mucha más velocidad. El terror me paraliza y me quedo esperando a que lleguen hasta mí, deseando que sea una coincidencia y pasen de largo. El coche se para delante de mí y el conductor, con un tono más agresivo y autoritario que antes, me dice que suba para dar una vuelta con ellos. Mi cuerpo aún se encuentra inmóvil pero mis ojos buscan la salida más cercana. Unos pocos pasos a mi izquierda veo un callejón estrecho que da al bosque. Es divertido pensar cómo, en cualquier otra situación, meterme a un callejón oscuro en medio de la noche sería mi última opción. Pero ahora me meto corriendo, sin mirar atrás, ante la vista de un peligro mayor. Mi desesperación aumenta cuando oigo como abren las puertas del coche y sus pasos al perseguirme.

Ahora, dentro del bosque, debo encontrar la manera de darles esquinazo y llegar a la calle de mi casa. Eso corriendo de ellos. En tacones. Como era de esperar, en la completa oscuridad de la naturaleza, con los árboles tapando la luz de la luna, sus raíces son una trampa que me hace tropezar. No tengo tiempo para levantarme y seguir con la carrera. En el suelo, ruedo hasta llegar a un tronco caído cubierto de hojas. Mantengo la respiración para no alertarles, lo cual es difícil cuando empieza a aumentar el dolor de mi tobillo, muy posiblemente lesionado. Tumbada en el suelo los veo pasar con las linternas de sus teléfonos encendidas. Yo no soy creyente, pero en ese momento estaba rezando para que no me encontraran. Puedo oírlos gritar que no me quieren hacer nada, solo pasar el rato y tomar algo. La oscuridad que antes me causaba inquietud ahora me protege, es mi única salvación. Pero no sirve de nada cuando a mi móvil le llega una notificación. Las dos linternas se giran en mi dirección y se empiezan a acercar. No sé qué puedo hacer. Oigo el río a pocos metros de mí y rápidamente decido que prefiero luchar contra su corriente a que esos dos me atrapen. Me levanto a duras penas y corro (arrastrándome) hasta el borde. Vuelvo a valorar mis opciones, pero, al ver su proximidad, cada vez más cercanos a mí, no me lo pienso dos veces y me tiro al agua.

Creo que se han ido al pensar que me iba a ahogar. Lo único que sé es que no se han tirado detrás de mí. Yo también creo que me voy a ahogar. Lo único que puedo pensar es en la estúpida decisión que acabo de tomar. Intento nadar hacia cualquier sitio, pero es inútil; la corriente es mucho más fuerte de lo que pensaba en un principio. Exhausta, pienso en rendirme. A punto de dejarme llevar, me choco con un tronco. El golpe es doloroso, pero me agarro al árbol caído con todas mis fuerzas. No sé cómo, pero, de alguna manera, logro subirme encima de este y salir del río. Es un completo milagro. Mi móvil está inservible, por lo que no puedo buscar dónde estoy exactamente. A falta de recursos comienzo a seguir el curso del río; al menos podré llegar a la depuradora y desde ahí caminar hasta mi casa.

Ya está amaneciendo cuando llego a casa, lo cual me tranquiliza. Hay gente yendo al trabajo y autobuses siguiendo su rutina. La presencia de nuevos posibles testigos me tranquiliza. Llego a casa tarde, pero viva, para el alivio de mis padres, que ya habían llamado a emergencias. Hoy he conseguido llegar a salvo. Hoy.

ANÓNIMO

EL ÚLTIMO DÍA DEL CAOS

El sol ya no era el sol. Era una masa anaranjada, sangrienta, que pendía en un cielo gris, cubierto por nubes densas que nunca se movían. Todo a su alrededor parecía detenido, pero no en calma, sino en una espera ansiosa, como si el aire estuviera cargado de electricidad estática. El mundo ya no tenía reglas. Ya no había gobiernos, ni leyes, ni orden. Sólo sobrevivían los más fuertes, los más despiadados.

La ciudad, si es que aún podía llamarse ciudad, era un amasijo de ruinas. Edificios caídos, vehículos abandonados, calles llenas de basura y escombros. Los pocos que quedaban caminaban entre las sombras, cubiertos de cicatrices, con ojos vacíos que reflejaban la desesperación del mundo. En este nuevo reino de anarquía, el caos era la norma, y la supervivencia, un lujo.

En la Plaza del Juicio, donde antes la gente se reunía para rezar, ahora se celebraban "festivales" grotescos. Un grupo de hombres, tatuados con símbolos de odio, rodeaban a un prisionero atado. Nadie sabía por qué estaba allí. No importaba. Se trataba de mostrar fuerza, de sentir poder. El primero en levantarse fue un hombre de rostro desfigurado, con un cuchillo que brillaba al sol. No habló, no hubo discurso moral ni justificación; simplemente, lo hundió en la carne del prisionero. El resto del grupo aplaudió. No había ni un susurro de remordimiento. La violencia era arte, y la sangre, la pintura.

Lejos de allí, en las afueras de la ciudad, los clanes de caníbales habían establecido su dominio. Se alimentaban de los cuerpos que la ciudad desechaba, y si no había desechos, cazaban a aquellos lo suficientemente débiles como para caer en sus trampas. Nadie podía fiarse de nadie, ni siquiera de sus propios vecinos. La ley de la supervivencia dictaba que todo era válido, y si se trataba de comida, ni los lazos de sangre podían frenar la necesidad.

El tráfico de drogas se había convertido en la nueva moneda. La gente ya no comerciaba con oro ni con billetes. Las dosis de desesperación se intercambiaban por armas, por protección, por una falsa sensación de poder. El mundo ya no tenía instituciones ni principios. La violencia estaba normalizada, y la moral era un lujo perdido. Cada esquina de la ciudad olía a decadencia, a muerte y a putrefacción, pero nadie parecía notarlo. Estaban demasiado ocupados sobreviviendo, demasiado ocupados con sus propios demonios. Una noche, un grupo de mujeres se reunieron en un edificio destartado. Eran las últimas en intentar restaurar alguna forma de humanidad, pero incluso ellas sabían que no había vuelta atrás. Ya no era posible volver a la vida que conocían. La sociedad que habían conocido era una ilusión. Y mientras bebían, una de ellas, la más joven, comenzó a hablar.

Decía que había soñado con algo diferente, con un mundo sin violencia, sin desolación. Las demás la miraron, y aunque al principio parecía una locura, todos se dieron cuenta de algo aterrador: ella hablaba con una esperanza que ya nadie compartía.

De repente, un estruendo sacudió el edificio. Las ventanas se rompieron, y la puerta voló en pedazos. El sonido de los gritos humanos y el choque de metal indicaron que los hombres de la ciudad, aquellos que se creían los amos del caos, llegaban para robarles lo que tenían. Las mujeres se miraron entre sí, conscientes de que la lucha no tenía sentido. No había esperanza. Sólo quedaba el último vestigio de humanidad: la lucha por sobrevivir.

Afuera, el ruido del caos era ensordecedor. Los hombres irrumpieron, y todo se desbordó en un torbellino de gritos, disparos y sangre. La joven, que había hablado de sueños imposibles, fue la primera en caer. Pero mientras sus ojos se apagaban, el último pensamiento que cruzó por su mente no fue sobre el dolor ni la muerte. Fue sobre lo que había perdido la humanidad, lo que ya no quedaba.

Cuando el día siguiente llegó, el sol siguió sin moverse en el mismo cielo gris. El caos había mutado, se había reciclado en otra forma de violencia, en otra oleada de destrucción. Lo peor de todo era que ya nadie sabía si había algo que salvar. La frontera entre la realidad y la locura se desdibujaba. ¿Acaso, en algún momento, este caos no había sido el reflejo de algo mucho más cercano, más real? El hombre que caminaba solo por las calles desiertas no tenía respuestas. Ni siquiera recordaba el motivo por el que seguía adelante. Pero algo en su interior lo empujaba a seguir. Algo en su interior lo conectaba con esa oscuridad, esa anarquía sin límites, que ya no era un fenómeno extraño. Algo le susurraba que no había ningún futuro. Que tal vez ya habíamos llegado a ese punto hace mucho tiempo, y la gente simplemente aún no se había dado cuenta.

La pregunta no era si el mundo podía caer en el caos; la verdadera pregunta era si, de hecho, ya lo había hecho.

JUDITH GARZÓN

LA HABITACIÓN PROHIBIDA

Había una vez un chico llamado Jaime...

No, realmente no voy a empezar mi historia así, mejor empiezo de otra manera.

Jaime, 1999, encontrado en una clase, presunto suicidio a las 19:30 horas. Eso es lo que pusieron en mi informe, pero realmente no fue así, fue mucho más aterrador que colgarme de un techo del instituto con tan solo 16 años.

Todo empezó aquel jueves, en la hora del patio cuando todos mis compañeros salieron de clase y yo me quedé solo. No me gustaba juntarme con nadie, aprovechaba esos treinta minutos para leer en soledad, sin un solo ruido que me molestara, solo el de mi respiración.

Tal vez sea raro que un chico de dieciséis años se quede leyendo en una clase, pero os juro que era mi único momento de paz.

Cuando leí la primera página un escalofrío recorrió mi cuerpo. Empezó por los pies, fue subiendo por las piernas, seguía subiendo y subiendo, hasta llegar a mi oído, donde una voz ligera me dijo: "Corre". Obviamente no hice caso y seguí leyendo, pensando que algún compañero de mi clase me estaba haciendo una broma. Lo aterrador empezó cuando en la página 10 no había letras, no había nada. Suspiré y cerré el libro, no merecía la pena seguir leyendo si no había letras. Me levante y me dirigí a la pizarra, me apetecía hacer un dibujo, uno que nadie entendiera. En cuanto cogí la tiza unas gotas rojizas cayeron por mi frente... la limpié y solté un jadeo, era sangre, sangre de humano, sangre espesa.

Miré por toda la clase, no había nadie, empecé a hiperventilar y justo cuando iba a salir corriendo, la puerta se cierra. PAM. Mis palpitaciones empezaron a subir rápidamente, la respiración era irregular, tenía miedo. ¿De qué? No lo sé, tenía una mala intuición, algo iba a acabar mal, pero no podía identificar qué era.

Una voz hace eco en mi cabeza: "Jaime, acércate a la puerta..." Repetidas veces esa voz se hacía presente en mi cabeza, no la quise hacer caso, sabía que si me dejaba llevar podría llevarme a consecuencias que ningún ser humano quería o podría aguantar. Lo que menos me esperaba es que una fuera invisible me iba a empujar a una puerta, una no visible ante el ojo humano, solamente un inmortal podría verla... yo la vi, no sé cómo ni por qué, solo sé que la vi, y a día de hoy me sigo arrepintiendo de mirar hacia ella.

La voz seguía repitiendo que entrara en ella, si lo hacía se iba... le creí, lo peor es que creí esa sutil mentira. Abrí la puerta con la mano temblorosa, no sabía que me podía esperar en esa sala tan minúscula, pero llena de misterios.

Entré con gotas de sudor cayendo por todo mi cuerpo. A medida que iba adelantando un pie tras otro mi cuerpo de iba debilitando, perdía fuerza en los músculos, no me gustaba esa sensación tan extraño.

Cuando me puse en mitad de la habitación unas garras me sujetaron de la camiseta hasta de jarme pegado en el techo. Grite como nunca, por cada herida que me hacía aquella bestia era un minuto menos de vida. Sólo perdía sangre y más sangre, hasta que llegó el momento. El momento de despedirme de mi familia mentalmente, ya no aguantaba más, no podía seguir pidiendo ayuda, mis cuerdas vocales ya no funcionaban...

Mi cuerpo se quedó en suspensión, como si fuera un suicidio, pero realmente lo que pasó es que mi último suspiro me lo arrebató una bestia inmortal, jamás conocida.

Perdón mamá, nunca pude contar mi historia hasta hoy, cuando esa bestia me ha dejado, quiere transmitir miedo...

Esta es mi historia y la de 1000 adolescentes más que se atrevieron a entrar a esa habitación.

LIDIA FERNÁNDEZ

DETRÁS DE LA MENTE

Por fin ha llegado este día, por fin voy a cumplir uno de mis sueños. Tras largos años de espera he logrado salir del ambiente tóxico de mi familia. Siempre me han visto como la oveja negra, la que sobraba, la hija no deseada. Pero a partir de hoy ya soy libre. Ya puedo sanar, respirar y vivir por mí misma y estudiar lo que más me gusta, la psicología. Hoy es el primer día de mi nueva vida. Hoy Jade Anastasia Kudryavtseva empieza a vivir.

Llegué al campus algo perdida, no sabía en donde estaba mi habitación. No conocía a nadie y por primera vez me resultó extraño estar rodeada de desconocidos. En mi ciudad nos conocíamos todos. Todos sabían sobre todos y era imposible pasar desapercibida. Pero esto era algo diferente, era... ¿paz? ¿felicidad? ¿soledad? No sé muy bien lo que era, pero no se sentía tan mal. Era un sentimiento nuevo.

- ¿Perdona? ¿Necesitas ayuda? ¿Hey? ¿Estas bien? - Estaba tan metida en mis pensamientos que no me di cuenta de que llevaba minutos parada delante del mostrador. Al levantar la vista vi a un chico. Tenía el pelo oscuro tan oscuro como la noche, unos ojos tan oscuros como su pelo, medía un metro casi noventa y tenía la mandíbula marcada. Se me quedo mirando unos instantes hasta que decidió romper el contacto visual.

- Bueno... ¿necesitas ayuda? - Me pregunto.

- Si. Busco mi habitación. Mi nombre es Jade Anastasia Kudryavtseva - Le respondí. No parecía una persona muy agradable.

- Habitación 404, segundo piso. - Me dijo de forma seca. Asentí y fui hacia mi habitación.

Al subir al segundo piso e ir mirando puerta por puerta, llegué a mi habitación y vi que la puerta estaba abierta. Al entrar vi a una chica, supuse que sería mi compañera de habitación.

-Hola. - Le salude. La chica se giró y pude ver cómo era. Era una chica de pelo rubio, ojos marrones oscuros, de unos metros sesenta y piernas delgadas. En realidad, era todo lo contrario a mí, yo tenía el pelo oscuro, ojos claros, medía un metro setenta y al lado de ella yo era casi como un vampiro. Lo único que teníamos en común, por así decir, era la morfología corporal.

Me respondió con una sonrisa. -Hola, Soy Emilie. -Por el acento que tenía, deduje que era francesa.

- Soy Jade, encantada. - Le respondí amablemente.

Tras horas de acomodar las cosas y conocer un poco a Emilie, decidimos salir a conocer un poco la ciudad. Era un lugar tan distinto al mío. Tan diferente. Un nuevo hogar. Mi nuevo hogar.

Qué rápido había pasado el tiempo, en unas semanas iba a hacer dos meses aquí. El curso empezó muy bien. Me sentía bien, a salvo y libre. Me sentía renovada. Sabéis como en esas frases de "hay que salir de su hogar para encontrarse a uno mismo", pues yo sentía que me había encontrado a mí misma. Tenía amigas nuevas. Me llevaba muy bien con Emilie y sentía que todo lo vivido valió la pena para llegar hasta aquí. Todavía me acuerdo porque decidí estudiar psicología. Siempre quise comprender el comportamiento humano y por qué somos como somos. Siempre me había gustado analizar a las personas. Entender por qué había personas que mataban por matar, por qué un trauma podía cambiar una persona por completo y por qué éramos tan vulnerables.

Hoy era Halloween y a las chicas se les ocurrió ir una fiesta que iban a montar unos compañeros en una mansión abandonada fuera de la ciudad. Me estaba preparando cuando me vibró el móvil. Pensé que sería un mensaje o llamada de mi familia. Desde que estaba en Oxford no se habían molestado en llamarme, ni en escribirme. Resultó ser que era un mensaje de nuestras amigas que decía que ya estaban fuera esperándonos.

Media hora después llegamos al destino. En lugar estaba repleto de gente. La casa era marrón oscuro, tan grande que te podías perder y tenía cuatro pisos. Al entrar me encontré con algunos compañeros. Pero de repente me sentí observada y miré a mi alrededor y lo vi. Aquel chico del mostrador el de pelo tan oscuro como la noche. Estaba mirándome fijamente. Parpadee los ojos un segundo y desapareció. Seguí a mis amigas hacía la pista de baile.

Tras un rato largo de bailar, Emilie y yo decidimos ir en busca del lavabo. Subimos hasta el tercer piso. Pero de repente la música de abajo ya casi que ni se oía y las luces de la casa se apagaron por completo.

-Emilie? - La llamé, pero no me respondió. Segundos después se empezaron a escuchar gritos por toda la casa. Me eché a correr, pero no sabía cómo salir de aquí. Escuche unos pasos corriendo. - Emilie, ¿eres tú? - Pero nadie me respondió. Los pasos se iban acercando a mí, así que eché a correr de nuevo. Pero sentí algo afilado rozar mi cara y mi cuerpo caer lentamente...

Abrí los ojos e intenté ubicar el lugar. Estaba en mi habitación de la residencia. Me dolía la cabeza y estaba perdida. ¿Cómo había llegado hasta aquí? ¿Qué ocurrió ayer?, pero lo más importante, ¿Dónde estaba Emilie?

Mi móvil vibró y vi que me llegó un mensaje que decía: "Me fui temprano por una emergencia familiar." Releí el mensaje y vi que fue Emilie quien me lo envió.

El día pasó y no volví a pensar en la fiesta, solo podía pensar en estudiar.

En unos días era navidad. Hacía un mes y unas semanas que no veía a Emilie. Solo hablaba con ella por mensaje de vez en cuando. Algunos estudiantes habían ido a pasar las fiestas con sus familias, pero yo me había quedado aquí. Nunca me había gustado la navidad. Solo me traía malos recuerdos. La navidad pasó. Pensé que me aburriría, pero no. Toda la navidad me estuvieron llegando mensajes de un número anónimo que me decía cosas como: "Emilie se ha ido para siempre", "Te estoy observando", "Nunca te desharás de mí". También me llegaban llamadas; fotos mías durmiendo, comiendo y estudiando. Pero sobre todo cosas sobre Emilie. Entonces empecé a investigar sobre ella. Pero me parecía raro ya que me seguían llegando mensajes de su número y me enviaba fotos de su familia.

Las semanas fueron pasando y mi Stalker anónimo seguía observándome. Yo seguía haciendo mi vida como si nada, pero un día el director de la universidad dio un comunicado diciendo que ciertos alumnos habían desaparecido y que no se sabía nada sobre ellos. Todos estábamos tan preocupados, aterrorizados. Volví a sentirme observada, pero esta vez me resultaba familiar ya que al girarme vi al chico del mostrador, que resultaba que se llamaba Jack, mirándome fijamente. Y entonces caí en que siempre que me lo cruzaba era justo en momentos raros e inquietantes. Decidí ir hacia él, pero de repente volvió a esfumarse. Y no volví a saber nada sobre él.

Dos semanas después, desperté con toda mi ropa ensangrentada y con las manos atadas. Me pesaba la cabeza. Por cómo me sentía supe que alguien me había pues un tranquilizante. No era la primera vez que alguien me echaba un tranquilizante en la bebida.

-Señorita Kudryavtseva ¿se encuentra bien? - Escuché que alguien me decía. Parpadeé y reconocí el lugar. Era una habitación blanca con luces tenues. -Soy el Dr. Dawson - Me dijo. ¿Doctor? ¿Dónde estaba?

-Veo que está algo confundida. No se preocupe ahora está a salvo de usted misma. - Me dijo.

- ¿De mí misma? - Pregunté confusa. - ¿Puede usted decirme que ocurre aquí y por qué estoy atada y llena de sangre? - Empecé a entrar en pánico.

- Le hemos hecho unos análisis y hemos detectado en su ADN el gen MAO-A. Es un gen...-

-Que tienen los asesinos en serie... - Completé. No me lo podía creer. Yo era la culpable de todas esas desapariciones y no lo sabía. - ¿Y cómo es eso posible? - Pregunté temerosa.

-Usted aparte de tener ese gen, padece de un trastorno de identidad disociativa, ya sabrá lo que es. Una de sus identidades saca ese lado de usted. Pero para una persona con este tipo de trastorno siempre hay un momento o elemento que hace que ese lado se active. -

Eso me dijo el doctor aquel día. Hacía ya varios meses que estaba aquí, en este psiquiátrico y a mi familia no le importaba. Me pasaba los días encerrada en este lugar. ¿A dónde había ido mi libertad? ¿Volvería vivir?

Resultó que no solo tenía dos nombres. No era Jade Anastasia. Era Jade y Anastasia. Un alma que solo quería vivir y otra que no quería dejar vivir.

-Y así es como acabé aquí Dra. Brown, pero me temo que nuestras sesiones han llegado a su fin. Ya no podrá saber más de mí y sobre mis locuras pasadas y futuras, ya que se encuentra ausente. - Le dije al cuerpo sin vida de mi psicóloga. Hoy era un nuevo día. Hoy volvería a ser libre.

AYA LALLA DIANSIWA

13 de noviembre, llevo días atormentándome la cabeza con la idea de saber quién era ella y porqué nunca la pude conocer, dispuesta a descubrir la verdadera historia sobre mi familia le pregunto a mi madre:

Oye mamá

Dime cariño

¿Cómo se llamaba la abuela?

Un silencio incómodo se forma en la sala, pero ella lo rompe con sus palabras "Amparo, cariño"

Ojalá poder saber cómo está ella ahora -piensa mamá-

Responde con una sonrisa aparentemente inocente.

Asiento y salgo decidida de la cocina, pienso en preguntarle a mi madre sobre mi abuelo también, pero no lo hago porque en mi casa nunca se ha hablado de él. Mi padre está trabajando, así que podré rebuscar entre sus cosas -pienso- subo al desván, hay miles de cajas apiladas entre sí, a saber, cual de todas le pertenece a ella.

Levanto una caja detrás de otra, cientos de objetos innecesarios esparcidos por la sala.

Pffff -suspiro cansada-, a mi alrededor solo veo miles de motas de polvo y cajas ordenadas en mi propio desorden. Dispuesta a salir del desván y dejarlo para otro día me acerco a la puerta de este. Pero me detengo por un instante, oigo una voz que me dice que no lo haga, asustada miro a mi alrededor, no hay nadie, solo soy yo misma, mi mente. Vuelvo a caminar hacia la salida, pero algo me detiene.

He creído leer su nombre en una caja y así es, estoy en lo cierto, me acerco a ella y le quito el polvo de la parte superior, mis impulsos me dicen que la abra, pero miles de preguntas pasan por mi cabeza casi a la velocidad de la luz: ¿debería abrirlo? ¿estoy haciendo lo correcto? ¿qué habrá dentro? ¿y si me arrepiento de hacerlo? ¿y si mis padres se enteran, que pasará?

Decidida, me levanto y salgo del desván.

Bajo al baño y me doy una ducha fría, siento que algo me observa, no sé cómo dejar de pensar en ella. Salgo de la ducha y creo ver algo en el reflejo del espejo, acelerada limpio con la toalla el vapor que no me permite observar con nitidez. No hay nada. Una vez más trato de intentar convencerme que solo somos yo y mi mente.

Me acuesto, es tarde, me duermo con la esperanza de poder esquivar mis pensamientos. Pero una pesadilla interrumpe mi sueño tranquilo. cido-

Como no, he soñado con ella, soñé que la conocía y que ella misma estaba a punto de contarme su secreto, pero justo me desperté, ¿típico de película no?

Para intentar olvidar todo eso que pasaba por mi cabeza decidí volver a subir.

Escaleras

Abro la puerta

Cojo la caja

La abro

Un solo papel.

"Calle Sagasta 14/2"

Una dirección, una casa, un lugar, nada más. Mañana me saltaré las clases para ir -decido-

A la mañana siguiente me levanto antes que cualquier otra, me visto y me aseo, le doy un beso a mi madre y me llevo un par de galletas para desayunar por el camino. Cojo el autobús directo a la calle Sagasta, sé ir porque está cerca de mi antiguo colegio.

Estoy enfrente de mi destino es una casa antigua pero no demasiado, tiene flores y plantas de colores, está increíblemente bonita. Compruebo el papel para asegurarme, al ver la coincidencia decido hacer sonar el timbre.

¡Riiiiing! -Noto como los nervios me recorren todo el cuerpo-

La puerta se abre acompañada de un rostro muy familiar para mi, al parecer es recíproco porque la anciana mujer me abraza muy fuerte, y yo me dejo abrazar.

"¡Carolina! ¡No sabes que ganas tenía de verte!" -me mira de arriba abajo y dice- "cuanto has cambiado, estás guapísima cariño"

Todavía confusa me invita a pasar, me ofrece galletas, café, té, pastitas, bizcocho...

¿Abuela? -le pregunto- con una sonrisa de oreja a oreja me responde "Dime cariño", "¿por qué ya no hablas con mis padres?"

Su rostro se torna a serio y cambia su tono de voz:

"Eso no es importante cariño, ¿qué tal te va en el cole, que curso estudias?"

-Abuela, respóndeme -digo enfadada-

-No voy a responderte, no te incumbe.

-¿Como qué no? Formas parte de mi familia.

-Tú abuelo también formaba parte de ella...

-¿Qué pasó con el abuelo?

Su rostro se oscurece aún más y su mirada cambia por completo.

-No lo nombres.

Qué pasó con el abuelo? -digo dispuesta a saber todo-

¡No lo nombres! -exclama muy enfadada-

¡Qué le hiciste al abuelo! -exclamo retóricamente-

Sin pensarlo dos veces me agarra de ambas muñecas forcejeándome y me intenta llevar a algún lugar.

Trato de defenderme de alguna manera y le muerdo con todas mis fuerzas uno de los brazos con los que me agarraba. ¡Ahh! -grita-

A pesar de mis pésimas cualidades de defensa personal consigo hacerla sangrar gracias a mi mordisco.

Me lleva hacia un pasillo oscuro, siento que el corazón se me va a salir del pecho. Me clava algo puntiagudo, como una aguja y empiezo a notar como un líquido frío me recorre la sangre.

Horas más tarde me despierto desubicada, no recuerdo nada a penas.

Al ver que despierto mantiene su mirada firme en mí y pregunta:

-¿De verdad quieres saber qué le pasó al abuelo?

Asiento prácticamente sin energías.

Algo afilado se clava en Carolina y esta historia termina.

Ojalá ella nunca hubiera querido saber la verdad.

La familia de ambas se enteró de todo gracias a la denuncia de la desaparición de su hija y Amparo fue finalmente arrestada por homicidio.

El cuerpo del abuelo de Carolina fue encontrado sin vida junto a la casa de Amparo.

ÁNGELA PÉREZ CUESTA

FELICIDAD

El crecer.

¿Acaso no es digno de clasificarse como terror?

Vivo mi vida esperando, esperando a que pasen las horas, esperando a que pasen los días, esperando a que pasen las semanas: todo con la ingenua mentalidad de que posteriormente podré retener el momento esperado. Las metas que establezco cada ciertos pasos, para no rendirme por el camino, pasan y pasan y me engañan mientras me alejan de un pasado positivo en favor de un futuro peor. Porque cuando necesitas huir, corres, sin importar la dirección en la que lo haces, sin caer en la cuenta de que vas hacia algo nefasto.

Pero yo tuve una oportunidad, o eso creía. Si te ofreciesen vivir permanentemente en el mejor lapso de tu vida, ¿lo aceptarías? Constantemente, en los minutos en los que el contexto de tu existencia te hizo la persona más feliz del mundo. A mí sí me lo ofrecieron. No importa el quién, el cuándo o el cómo, la cuestión es que lo acepté.

Nunca imaginé que podría llegar a lamentarlo.

Resulta que todas las teorías con respecto a lo emocional, incluida la felicidad, tienen un valor nulo. He dicho y tú has dado por cierto, que nuestra condición depende únicamente de ese contexto, pero mediante la prueba y error he descubierto que no es cierto.

Todos llegamos a este mundo como poseedores de una determinada cantidad de felicidad, tal que si en gramos se midiera, tal que si almacenarse pudiera. Esta medida se distribuye a lo largo de nuestra vida: se reservan mínimas porciones para determinados momentos. La cuestión está en que, he agotado la felicidad que correspondía a las horas en las que reitero sin cesar. Cantidad abrumadora cuando dura lo que debe durar, con tendencia a cero cuando lo alargas al infinito y más, como es mi caso.

Hace mucho ya que perdí la noción del tiempo, o eso siento, porque no lo soy capaz de determinar. He memorizado cada segundo de lo que ya pasó, de lo que está a punto de pasar, y siento que estoy muy cerca de enloquecer, de desquiciarse. De perder la cordura por pensar y no parar y llegar a miles de conclusiones, entre ellas siendo esta la más cruda, brutal, visceral:

Puedes detener un momento, pero cuando te des cuenta de que con él no retienes la felicidad, verás que ese día que aparenta ser parte del trato aún sigue siendo real, y la única escapatoria que te queda -que me queda- es la muerte, tan inminente por todo el tiempo que se ha retrasado.

En mi condición, ese concepto que aterriza a todo ser racional, pasa a un plano secundario e incluso idílico, más considerando aún la existencia de una paralela verdad: mi otro mundo, el que siempre he creído original.

¿Seguirá existiendo? Porque realmente me paraliza la posibilidad de que gracias a mi egoísmo, millones de vidas inocentes hayan tenido que cesar. Si por el contrario aún no ha variado en grandes rasgos, aún me inquieta más saber que habrá sido de mi vida. ¿Acaso estoy muerta? ¿O es que me controla una versión de mí misma que creía desaparecida ya? Mi persona en manos de otra que no soy yo e inevitablemente tiene las riendas. Quizás simplemente me paralice en ese mundo, y al pasar lo que considero tanto tiempo, actualmente, seré un ser grotesco que únicamente respira. Con aspecto moribundo, pálido, demacrado, lívido, descompuesto. Cadavérico.

En el fondo solo sé que no lo sé, que para saber eso prefiero no saber.

Y es que estoy perdida, he estado tan perdida en esta confusión que lo he tomado todo por falacia, cuando no es así. Me he negado a aceptarlo, a admitir que nunca va a cambiar la situación si no es para deteriorar, pero al fin una se da cuenta.

Subes a tu cuarto y te encierras, en mano una cuchilla y en la otra ruina de una botella, a punto de llorar, porque este día no es real.

Duermes mal. Duermes y duermes pero todo lo que haces lo haces tal, que ni disfrutas ni aprovechas; te reduces en total, a un nadie, a la nada, a algo que no quieres ser. Aun no siendo, aun existiendo la desgracia en tu cuerpo y alma: habitando lo que evitas en el interior de lo que no debes ser. Parásito de tu felicidad, de lo que queda de ella, si es que lo hace.

El encierro en el que te hallas simboliza el mental. Lo exprime y arrastra al exterior, a lo que consideras tu nueva realidad. Para así sentirlo, porque por más que tú mente te engañe, que confíes por convenio: así te das cuenta.

Te das cuenta por obligación, por desgracia.

Te das cuenta de que aquello que te rodea, de que todo y nada, de que todo y todo, de que tú persona por igual -con quiebres tintados de vino ensuciando lo superficial, con entrañas mareadas por el oleaje del mar, sangrantes de escozor, de sal-.

Te das cuenta de que este día si es real.

Y de qué estás condenado a vivir el resto de tus días en una realidad en la que ya has agotado tu felicidad.

ERIKA GRACIA